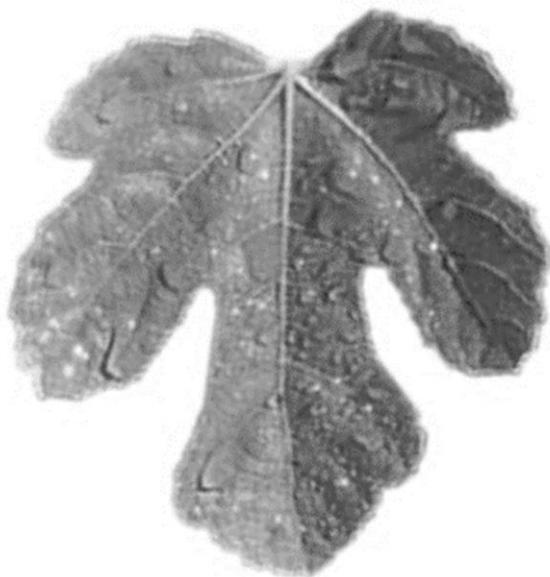


# LA IGLESIA DESNUDA



**OSVALDO REBOLLEDA**

# LA IGLESIA DESNUDA



**OSVALDO REBOLLEDA**

Este libro No fue impreso  
con anterioridad  
Ahora es publicado en  
Formato **PDF** para ser  
Leído o bajado en:  
**[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)**

Provincia de La Pampa  
**[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)**

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **Portales de Gracia**

Revisión literaria: **Edith del Carmen Saldivia**

**CAP - Centro de Adoración Patagónica (Sarmiento)**

Diseño de portada: **EGE**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

# CONTENIDO

<b>Introducción</b> .....	5
Capítulo uno:	
<b>La imagen del cuerpo</b> .....	9
Capítulo dos:	
<b>Ropajes judíos</b> .....	18
Capítulo tres:	
<b>Vestida de oscuridad</b> .....	32
Capítulo cuatro:	
<b>Muchos vestidos diferentes</b> .....	46
Capítulo cinco:	
<b>Vestidos baratos</b> .....	60
Capítulo seis:	
<b>Renovando el vestuario</b> .....	73

Capítulo siete:

**Cubierta de mantos proféticos.....84**

Capítulo ocho:

**Vestida de Reina.....93**

**Reconocimientos.....104**

**Sobre el autor.....106**



# INTRODUCCIÓN

*“Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer,  
Y no se avergonzaban”.*

Génesis 2:25

Luego de describir los detalles de la creación de Dios, tenemos esta declaración, a modo de evidenciar la condición de Adán y Eva. *“Ambos estaban desnudos... Y no se avergonzaban”*. Esto deja ver claramente la inocencia que los seres humanos tuvieron al principio de la creación.

Todos sabemos lo que sucedió en **Génesis 3**, y lógicamente esa tragedia de la caída nos ayuda a comprender cuán valiosa era realmente esa condición de inocencia, que por causa del pecado terminaron perdiendo. Pensar en eso, y saber que Jesucristo recuperó todo lo perdido por causa del pecado, me dio el fundamento para escribir este libro, que tengo el placer de presentarles.

Dios le había advertido a Adán que, si bien tenían libertad para comer de todos los árboles del huerto, no podían comer del árbol del conocimiento del bien y del mal, porque la consecuencia de comer de ese árbol sería la muerte. Luego, todos sabemos lo que pasó. La serpiente tentó a Eva para que comiera del fruto prohibido, y al final, ambos comieron. Después de eso, perdieron su inocencia, sus ojos naturales se

abrieron, de una manera diferente, y por primera vez, reconocieron que estaban desnudos.

Mientras no tuvieron pecado, no sintieron la necesidad de cubrirse. No hubo juicio, ni escrutinio para ellos, después del pecado; estaban muy conscientes de su culpa, y de la vergüenza de esa desnudez. Así que se hicieron ropas con hojas de higuera para cubrir sus áreas genitales (**Génesis 3:7**).

Tal vez, intentaron esforzarse para encubrir la culpa y la vergüenza, diseñando algo con el nuevo conocimiento que habían adquirido. Incluso puede que ese haya sido el primer intento de recuperar la justicia con sus propias obras. Por supuesto que eso no les resultó; de hecho, el Señor mismo les hizo ropas con pieles de un animal, realizando el primer sacrificio por causa del pecado.

El Señor les hizo túnicas para cubrirlos, por lo tanto, tal vez fue más de un animalito, de los cuales no se especifican detalles, pero sin dudas, son una clara figura del sacrificio de Jesucristo, quien murió sin ser culpable, para tapar nuestra culpa y nuestra vergüenza.

Desde esos días de la caída, la desnudez ha sido asociada con la vergüenza, por eso, pasajes como estos lo confirman: **2 Samuel 10:4 y 5; Isaías 47:3; Ezequiel 16:39; 23:29; Oseas 2:3; Nahúm 3:5; o Apocalipsis 16:15**. Sin duda, la caída nos ha afectado a todos. Todos tenemos un sentido innato de que necesitamos ser cubiertos. Estar

expuestos a otros ojos nos hace sentir incómodos, vulnerables y asustados. Mucho más ante Dios, quien conoce absolutamente todo de nosotros, y ante quien no nos podemos tapar.

De todas maneras, al igual que la estúpida idea de Adán, los seres humanos han tratado, una y otra vez, de tapar los pecados y la culpa a través de obras muertas. La Iglesia no debería conservar ese tipo de actitudes; sin embargo, históricamente, hemos caído demasiadas veces en ese error, por eso creo que es bueno y necesario que nos desnudemos ante el Padre con toda humildad.

El sacrificio de Jesucristo, como una obra consumada, es absolutamente suficiente para la recuperación de toda justicia. El mundo no lo sabe, y es lógico que, de una forma u otra, todos vivan tapándose con alguna hojita. Pero nosotros, los hijos de Dios, también llamados justos (**Romanos 5:1**), y santos (**1 Corintios 1:2**), deberíamos vivir en el poder de la inocencia.

En este libro, quiero exponer, con todo temor, a cada uno de los ropajes que la Iglesia ha pretendido lucir, y voy a exhortar con todo respeto, a que nos quitemos las vanas hojitas que tristemente hemos lucido, no solo para que podamos estar ante el Padre revestidos de Cristo, sino para que podamos mostrarnos al mundo, bajo el reflejo de la gloria que realmente debemos portar.

Por último, debo dejar en claro que no pretendo, bajo ningún punto de vista, desnudar a la Iglesia. No soy quién para pretender tal cosa, solo deseo como maestro, enseñar por medio de las Escrituras, y por medio del análisis de la realidad presente de la Iglesia, nuestra verdadera condición y la necesidad de volvernos al diseño original del Padre.

La figura de las vestiduras solo es para exponer la apariencia que la Iglesia ha lucido frente al mundo, y el concepto de desnudez, no es más que para despojarnos de todo eso, y vestarnos de pureza, de justicia y de la gloria de nuestro Señor.

Ruego a Dios, que nos dé la luz y el corazón suficiente para recibir, meditar y asumir todo lo que sea necesario. Estamos a las puertas del tiempo más crítico, que la Iglesia tendrá que enfrentar antes de la venida del Señor. No podremos acceder efectivamente a esos tiempos, si no lo hacemos a la manera de Dios, y estoy seguro de que este libro, nos ayudará a transitar esos días de manera victoriosa.

***“El que practica la verdad viene a la luz, para que sus acciones sean manifestadas que han sido hechas en Dios”.***

Juan 3:21



# Capítulo uno

## LA IMAGEN DEL CUERPO

*“Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y Él es Su Salvador”.*

Efesios 5:22 y 23

El apóstol Pablo, utilizó el simbolismo del matrimonio para enseñar sobre Cristo y la Iglesia. Muchas veces utilizamos este pasaje de Efesios para dar enseñanzas a matrimonios, y está bien, pero siempre debemos aclarar que Pablo no estaba dando lecciones matrimoniales, sino tratando de revelar el diseño de la Iglesia, no del matrimonio.

Lo que ocurría, es que el matrimonio era conocido por todos, porque su diseño había sido establecido por Dios desde el principio, pero la Iglesia, en los días de Pablo, era un diseño novedoso que pocos llegaban a comprender. Recordemos que ni aun los apóstoles que caminaron con

Jesús, llegaron a comprender fácilmente lo que era realmente la Iglesia.

Es por eso, que el mismo apóstol Pedro, con sus enseñanzas, llevó a los gentiles a judaizar, porque todavía tenían una mezcla doctrinal, entre la Ley de Moisés con la que habían sido instruidos los judíos, y las costumbres paganas que traían los gentiles. Por su parte, la revelación de Pablo fue clave para el correcto entendimiento del Nuevo Pacto.

Entre esas enseñanzas dadas por Pablo, encontramos el ejemplo de la Iglesia como la esposa de Cristo. Es decir, la iglesia está compuesta por todos aquellos que han recibido la gracia soberana para salvación, y Cristo es presentado como el esposo, que con mucho sacrificio y con amor, la escogió para desposarse con ella.

Tal como hubo un período de desposarse en tiempos bíblicos, durante el cual la novia y el novio estaban separados hasta la boda, así mismo la esposa de Cristo, está separada de Su esposo durante la era de la iglesia. Según las costumbres en la época bíblica, la responsabilidad de los novios, durante ese período de espera, era de mantenerse fieles al futuro cónyuge, de manera tal, que los esponsales debían comportarse y respetarse, como si ya estuvieran casados (**2 Corintios 11:2; Efesios 5:24**).

Entendemos por las Escrituras, que en la segunda venida de Cristo, la iglesia se unirá definitivamente con el

amado, cuando se lleven a cabo las famosas bodas del Cordero, y de esta manera se legalizará la unión eterna de Cristo y todos sus santos (**Apocalipsis 19:7 al 9; 21:1 y 2**).

Recordemos que Cristo vino como el segundo Adán, aunque en realidad, el primero fue creado a Su imagen y semejanza. De todas maneras, por orden de aparición terrenal, Adán fue formado del polvo de la tierra y de su costilla. El Señor formó a Eva, quien fue establecida como su ayuda idónea, declarando sobre ellos una unidad absoluta.

***“Entonces Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar. Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre. Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada”.***

Génesis 2:21 al 23

Aquí encontramos un principio tremendo, porque Eva, no solo fue la ayuda idónea de Adán, sino que desde la revelación, ambos fueron constituidos como un solo ser. Lo mismo ocurre con Cristo y la Iglesia. De hecho, el apóstol Pablo recuerda esto mismo diciendo: ***“Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; más yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia”*** (Efesios 5:31 y 32).

Esto es muy importante, porque esa unidad, es lo que permite acceder a otra revelación clave para nosotros, y es la de la Iglesia como cuerpo de Cristo. Respecto de esto, recuerdo que en una ocasión, un joven me preguntó: ¿Pastor, cómo es posible que la Iglesia sea el cuerpo de Cristo y al mismo tiempo sea la novia de Cristo? ¿Es el cuerpo o es la novia?

Naturalmente, su pregunta puede tener mucha lógica, pero desde la revelación del matrimonio, la respuesta es simple. Cuando dos personas se casan, dejan de ser dos y se convierten en un solo ser, por eso no hay tal cosa como la relación matrimonial, porque ambos deben verse como uno y el mismo ser.

***“Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos”.***

Efesios 5:28 al 30

Esta es la respuesta revelada por Pablo: la Iglesia es la novia y la Iglesia es el cuerpo de Cristo, porque todos somos parte de un solo ser. Incluso entre los hermanos, no debemos tener una mentalidad de relación, sino de comunión con todos, porque el diseño de Cristo, nos unió de manera sobrenatural en un cuerpo, y esa persona que hoy puede manifestarse al mundo es el Nuevo Hombre.

***“Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante. Mas lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual. El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo. Cual el terrenal, tales también los terrenales; y cual el celestial, tales también los celestiales. Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial”.***

1 Corintios 15:45 al 49

Aquí encontramos el principio que debemos desarrollar. Hay un hombre terrenal y hay un hombre celestial. Es como si Dios no observara a ocho mil millones de habitantes en el mundo, sino a dos personas, Adán y Cristo. Todos somos parte de uno de esos hombres, nadie puede estar fuera de ellos. Es decir, estamos en Adán, o estamos en Cristo, no hay un medio fuera de ellos.

Adán es el hombre de pecado, la vieja naturaleza, quien está en maldición, quien está condenado, quien habita bajo el gobierno de las tinieblas. Cristo es el nuevo hombre, el santo, el bendito, quien es eterno, quien habita en luz, bajo el gobierno del Padre. Si no recibimos la regeneración, estamos en Adán, pero si nacimos de la simiente divina, estamos en Cristo.

Pablo dice, que Adán es terrenal, al igual que el hijo de nuestros padres, es decir, nuestra vieja naturaleza de pecado, pero el segundo hombre, es del cielo, nacido de Dios en la

persona de Cristo. Luego dice que de la misma manera en que se manifestó el terrenal, también los terrenales se manifiestan, procurando la vida fuera de la voluntad del Padre.

Por otra parte, de la misma forma en la que se manifestó el celestial, también debemos manifestarnos los celestiales. Es decir, que así como hemos traído la imagen del terrenal antes de nuestra conversión, ahora debemos también manifestar la imagen del celestial, que es Jesucristo.

Esa es la idea de un cuerpo, no solo la de hacer posible la expresión de la vida para la consumación del propósito, sino que además tiene la función de manifestar una imagen. Si observamos nuestro cuerpo de carne, veremos que no solo podemos expresar la vida interior a través de él, sino que además podemos manifestar una imagen por medio de la cual nos comunicamos con todos.

De la misma manera, como el cuerpo de Cristo, la Iglesia tiene la función, no solo de permitir que Cristo exprese Su vida a través de nosotros, para la consumación de Su propósito, sino que además tenemos la responsabilidad de manifestar Su imagen, y eso es muy importante, porque la imagen es la que nos manifiesta al mundo.

Nosotros podemos mandar un audio a otra persona, para comunicarles un deseo, pero si nos presentamos físicamente ante esa persona, entonces podrá conocernos de verdad. La Iglesia no está en el mundo solamente para dar un

mensaje, sino para dar a conocer a Cristo. Por eso es tan importante que nos mostremos como cuerpo, porque el cuerpo es el que puede mostrar la imagen.

El día en que Jesús nació en Belén, el Cristo preexistente encarnó en ese cuerpo. A partir de ese momento y durante treinta y tres años, manifestó Su vida delante de todas las personas. Sin ese cuerpo, nadie podía verlo, ni conocerlo, ni tocarlo, ni hablar con Él. Sin embargo, el cuerpo le permitió la expresión de la vida, y no solo se dio a conocer a través de él, sino que bendijo a muchas personas por medio de Su carne, y además, pudo morir en la cruz por toda la humanidad.

Sin cuerpo de carne, Cristo no hubiese tenido la legalidad de la expresión terrenal, y tampoco podría haber muerto y resucitado para salvarnos. La legalidad para expresar la redención es el cuerpo. Es por eso que los muertos no predicán, y los ángeles tampoco, porque la legalidad terrenal, es el cuerpo.

***“Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, aunque son muchos, constituyen un solo cuerpo, así también es Cristo”.***

1 Corintios 12:12

Nosotros somos el cuerpo de Cristo y, como tal, debemos manifestar Su imagen. En los días de Su carne, Jesús dijo, que Él era la imagen del Padre, y que si alguien lo

veía a Él, lo veía al Padre, porque Él era el cuerpo que estaba expresando la vida de Dios en la tierra (**Juan 14:9**). Es por eso que Pablo escribió: ***“Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación”*** (Colosenses 1:15).

El cuerpo expresa la vida, y manifiesta la imagen. La Iglesia es el cuerpo de Cristo; la gran pregunta sería: ¿Qué imagen estamos mostrando al mundo? De eso se trata este libro, porque mi consideración está basada en un ejemplo natural, en la búsqueda de una revelación espiritual.

Si cualquiera de nosotros, para salir a la calle, nos pusiéramos un abrigado equipo de nieve, con guantes, bufanda y un pasamontañas en la cabeza, seguramente estaríamos bien abrigados y podríamos manifestar la vida, pero nadie nos reconocería, porque estarían viendo muchas telas, lanas y pieles, pero no estarían viendo nuestro cuerpo.

Si quisiéramos que alguien nos conociera o nos pudiera identificar, deberíamos descubrir al menos nuestro rostro, porque es imposible reconocer a alguien que se pasea absolutamente cubierto con gruesos ropajes. Mi pensamiento se generó a través de una pregunta: ¿Será que la gente no está reconociendo a la Iglesia como el cuerpo de Cristo?

Yo veo en las historias de los evangelios que, ante la llegada de Jesús, todo el mundo lo buscaba y lo seguía. Todos querían estar con Él, porque lo reconocían y lo amaban. En tal caso, pregunto lo siguiente: ¿Será que la sociedad actual, está viendo de la Iglesia lo que debería ver? ¿O será que no

nos están reconociendo y por tal motivo no pretenden ni nuestro toque?

La idea de una Iglesia sin ropajes, no contiene la vergüenza y la culpa que generó el pecado en Adán y Eva, la desnudez que debemos pretender es absolutamente inocente y pura, es la hermosa posibilidad de revestirnos solamente con la gloria del Padre, con el reflejo de Su santidad, y los destellos de Su resplandor. Es la idea de reconocer la inocencia recuperada por Cristo, y expresarla con toda libertad.

Si Adán y Eva, no hubiesen pecado, nunca se habrían vestido con hojas de higuera, ni con pieles de algún inocente animal. Cristo nunca pecó, y nosotros somos su cuerpo; tal vez, debemos expresarnos sin las viejas vestiduras, y sin ropajes de religiosidad. Tal vez la santidad, la humildad y la honestidad, es lo que el mundo está deseando ver en nosotros.

***“Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos. De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así. De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”.***

2 Corintios 5:15 al 17

## Capítulo dos

# ROPAJES JUDÍOS

*“Hermanos, vosotros sabéis que en los primeros días Dios escogió de entre vosotros que por mi boca los gentiles oyeran la palabra del evangelio y creyeran. Y Dios, que conoce el corazón, les dio testimonio dándoles el Espíritu Santo, así como también nos lo dio a nosotros; y ninguna distinción hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones. Ahora pues, ¿por qué tentáis a Dios poniendo sobre el cuello de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar?”*

Hechos 15:7 al 10

La iglesia, al igual que Eva en el Edén, fue revestida con la gloria del Señor en el día de Pentecostés, cincuenta días después de la pascua. La palabra “Iglesia” viene de la palabra griega “*Ekklesia*” que significa “Asamblea” o un grupo de personas convocadas para un fin. Esto nada tiene que ver con edificios o instituciones, sino con la vida de Cristo expresada a través de hijos renacidos.

La palabra se utiliza en toda la Biblia, para referirse a todos aquellos que hemos nacido de nuevo, por medio de la fe en la muerte, y en la resurrección de Jesús (**Romanos 10:9 y 10**). La palabra iglesia, cuando se usa para hacer referencia a todos los creyentes de todo el mundo, es un sinónimo de la expresión cuerpo de Cristo (**Colosenses 1:17 y 18**).

La palabra Iglesia aparece por primera vez en **Mateo 16:18**, cuando Jesús le dijo a Pedro: *“sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”*. La roca aquí, no es Pedro, sino la declaración que había hecho Pedro: *“Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”*. Esa verdad acerca de Jesús, es el fundamento de la Iglesia verdadera, y lo ha sido, durante más de dos mil años.

En el libro de los Hechos, encontramos los detalles respecto del inicio de la Iglesia y su milagrosa extensión a través del poder del Espíritu Santo. Diez días después de que Jesús ascendió al cielo (**Hechos 1:9**), el Espíritu Santo fue derramado sobre ciento veinte creyentes que estaban esperando, y orando conforme el Señor se los había encomendado (**Hechos 1:15; 2:1 al 4**).

Los mismos discípulos que, ante el encarcelamiento de Jesús, habían huido con gran temor por ser identificado con Jesús (**Marcos 14:30, 50**), de repente fueron empoderados para proclamar con denuedo el evangelio del Cristo resucitado, confirmando Su mensaje con señales y prodigios (**Hechos 8:6 y 7**). Miles de judíos de todas partes del mundo

habían ido a Jerusalén para la fiesta de pentecostés. Estando allí, escucharon el evangelio en su propia lengua (**Hechos 2:5 al 8**), y muchos otros presentes, también creyeron y se bautizaron, convirtiéndose en apasionados seguidores de Cristo (**Hechos 2:41**).

La Iglesia tuvo una rápida expansión, lo cual sumó a miles de personas en pocos días. Nadie comprendía muy bien los alcances del Nuevo Pacto, aún no estaban las cartas de Pablo para traer un poco de luz al respecto, y a pesar de estar viviendo situaciones extraordinarias de manera espiritual, había cierta confusión, entre los judíos que venían con una firme formación religiosa basada en las Escrituras, y los gentiles, que llegaban de otras naciones con costumbres paganas, y sin ningún conocimiento del Dios de los judíos.

Los gentiles se sumaban a la comunidad de cristianos, sin ningún tipo de estructuras, pero con una gran influencia de la cultura que los había formado, mientras que los judíos trataron de explicar lo que estaban viviendo a la luz de las Escrituras (**Hechos 2:16 y 17**). Como el Mesías había nacido como judío, y tanto su familia como sus discípulos también lo eran, prevaleció la lógica de sostener esa inclinación hacia el judaísmo, en toda la Iglesia.

Es decir, si bien es cierto que los gentiles llegaban con ciertas costumbres e influencias de sus culturas, la base del pensamiento sostenido por la Iglesia, fue claramente judío. No solo porque lo que estaba ocurriendo era respaldado por los Escritos de Moisés y los profetas, sino porque el

conocimiento escritural que tenían algunos de los convertidos, les llevó rápidamente a una interpretación del Nuevo Pacto, vinculada con la Ley y los profetas.

Además, comenzaron a manifestarse los llamados de la circuncisión, que eran un grupo de cristianos judaizantes, que afirmaban que, tanto la circuncisión, como la observancia de la Ley, eran necesarias para la salvación. En consecuencia, les imponían deberes a los gentiles, y presionaban a los judíos convertidos a que consideraran el no apartarse de la Ley.

A pesar de que los apóstoles, habían recibido la orden de anunciar el evangelio a todas las naciones, al principio ellos solo se dirigieron a los judíos, a los conversos, al judaísmo y a los samaritanos, es decir, a los que al menos estaban circuncidados, y observaban la Ley de Moisés, buscando que estos fueran la gran mayoría de los que se sumaran a la Iglesia.

Los que se convertían al Señor, y los apóstoles mismos, que eran presionados por los más religiosos, continuaron practicando algunas costumbres judías, como por ejemplo circuncidar a quienes no lo estaban, observar la distinción entre los alimentos legalmente puros e impuros, negarse a comer con los gentiles, o entrar a ciertos lugares.

Reitero, Jesús les había ordenado testificar, no solo en Jerusalén, sino avanzar por Judea, Samaria y hasta lo último de la tierra, pero al principio solo se quedaron en Jerusalén,

para frecuentar el templo de manera continua, y tomar instrucción de la vida religiosa judía. De modo que, ante la sociedad, parecían ser simplemente miembros, de una nueva secta judía que se distinguía, solo por algunas diferencias: Los milagros que hacían, la unión que tenían entre ellos, y la caridad o el amor, que manifestaban sus miembros con todas las personas. Eso no era algo muy común en la frialdad de los judíos religiosos de esa época.

La llenura del Espíritu Santo de que gozaban todos los recién convertidos, les permitía saber que eran parte de algo totalmente diferente, y todos esperaban emocionados el regreso de Jesús. Pero algunos, conocedores de las Escrituras, se volvieron insistentes en hacer que nadie olvide la Ley. Incluso, visitaban casa por casa, y enseñaban a los hermanos, a no desviarse completamente de la observancia de los mandamientos.

Esta dinámica, no era extraña para los judíos que se convertían al evangelio, pero ante la llegada de algunos gentiles, muchos comenzaron a preguntarse si realmente debían o no, obedecer las demandas de la Ley. No querían perder lo que habían recibido en sus corazones, y sentían temor de ofender a Dios, si no hacían lo que los supuestos judíos entendidos les decían.

El problema para estos supuestos entendidos de la Ley, es que ellos mismos eran arrinconados por sus demandas, porque ellos se consideraban miembros de la Iglesia, pero cuando las exigencias a los gentiles no les producía

resultados, se veían en la obligación de tratarlos como a los demás incircuncisos, y eso generaba muchos conflictos en la comunión con los hermanos.

***“Pero algunos de la secta de los fariseos, que habían creído, se levantaron diciendo: Es necesario circuncidarlos y mandarles que guarden la ley de Moisés”.***

Hechos 15:5

No comprender las dimensiones de la gracia, y la obra completa de la cruz, generó en algunos hermanos, la necesidad de seguir guardando su justicia personal. El glorioso suceso de la Cruz, no solo fue un acontecimiento de muerte, sino un manantial de nueva vida para la humanidad. Comprender su alcance, es vital para no apelar a viejas hojas de higuera, ni vestidos de ningún tipo.

En esa cruz del Calvario, cuando el Señor ya había expirado, uno de los soldados, para comprobar que ciertamente ya había muerto, le traspasó su costado derecho con una lanza, y de un modo misterioso, el costado abierto se convirtió en una fuente de la que manó, sangre y agua (**Juan 19:34**). En esa sangre y en esa agua que brotaron, se reveló el profundo sentido, de la obra consumada de Cristo.

El agua simboliza al Espíritu Santo, que Jesús mismo había enseñado diciendo: ***“Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva”*** (**Juan 7:37 y 38**). Y el mismo apóstol Juan, dejó bien en claro, a qué se estaba

refiriendo Jesús: *“Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado”* (Juan 7:39).

La sangre que manó del costado de Jesús, fue el código físico, que certificó su muerte, y el cumplimiento de su misión (**Juan 19:30**). Además, esa misma sangre, produjo la vida necesaria para nuestra reconciliación. Esa sangre fue presentada al Padre, y fue dada a los hombres como testimonio eterno. Eso quiere decir, que la Iglesia, salió del costado de Jesús, tal como Eva salió del costado de Adán. No solo para vivir, sino también para ser la ayuda idónea.

Esto lo menciono, porque la Ley llevó a Jesucristo a la cruz, pero la Iglesia surgió de Su resurrección. Volver al cumplimiento de la Ley, es como no haber creído que toda justicia, fue cumplida en la persona de Jesucristo. La Iglesia brotó de Cristo, y en Él se sostiene. Nunca debió intentar ponerse las vestiduras judías. La sociedad nunca debió ver una nueva secta religiosa, sino la vida de Cristo, la vida de resurrección. Sin embargo, el uso de algunos vestidos puede llegar a confundir a muchos.

La verdad es que los gentiles, nunca habrían aceptado la circuncisión, ni el pesado yugo de la Ley, de no ser porque los supuestos entendidos, les enseñaban de esa manera. De hecho, si no lo hacían, eran en cierta forma degradados a una posición inferior con respecto a los judíos. Ellos sentían que

sus mismos hermanos, llegaban a considerarlos impuros, y se negaban a comer con ellos, o incluso a entrar en sus casas.

Cuando los hermanos en Jerusalén, entre los cuales había legalistas, se enteraron de que Pedro, había admitido a Cornelio, y que había bautizado rápidamente a todos esos gentiles, lo interrogaron diciendo: “*¿Por qué has entrado en casa de hombres incircuncisos, y has comido con ellos?*” (Hechos 11:3). Es claro que, en lugar de gozarse con sus conversiones, estaban preocupados porque habían pasado por alto la circuncisión. Sin embargo, como Pedro les explicó, la forma sobrenatural en la que Dios lo había enviado a los gentiles, logró calmar la insatisfacción de esos exigentes legalistas.

Esta situación, surgida por la conversión de Cornelio y su casa, no fue la única. El paulatino aumento de gentiles en la Iglesia hizo que los llamados de la circuncisión, se organizaran y aumentaran sus esfuerzos por sostener lo más posible el cumplimiento de la Ley entre los hermanos.

La persecución que se desató, por el gobierno de los romanos, y por la presión de los judíos no convertidos, generó que, providencialmente, los hermanos aceleraran la expansión del Reino fuera de Jerusalén. Esto produjo que el evangelio fuera predicado, fundamentalmente, a los gentiles de diferentes naciones, tal como lo había ordenado el Señor.

Algunos cristianos, nativos de Chipre y de Cirene, expulsados de Jerusalén por la persecución, fueron a

Antioquía, y allí empezaron a predicar no sólo a los judíos, sino también a los griegos. En Antioquía se estableció una Iglesia floreciente, en gran medida de gentiles (**Hechos 11:20**). Estas iglesias estaban formadas con la ayuda de quien había sido un antiguo perseguidor llamado Saulo, quien luego fue reconocido como el apóstol Pablo. Y también por Bernabé, a quien los apóstoles enviaron, y por el cual, se enteraron de que allí un gran número de gentiles se había convertido al Señor.

Los cristianos judíos, obsesionados con la Ley, se alarmaron mucho al ver que los gentiles se seguían sumando a la Iglesia, y no solo eso, sino que estaban creciendo tanto, que amenazaban con superar ampliamente el número de judíos convertidos. Por un lado, decían dar la bienvenida a la adhesión de los gentiles, pero, por otro lado, se esforzaban por mantener la presión judía sobre la observancia de sus costumbres.

Algunos descendieron a Antioquía y les predicaron a los cristianos que no eran judíos, que no podían ser salvos si no se circuncidaban, y que, además, les demandaban la observancia de las demás prescripciones mosaicas (**Hechos 15:1**). Como estos hombres recurrieron a la autoridad de los apóstoles, en apoyo de sus puntos de vista, una delegación, que incluyó a Pablo, a Bernabé y a Tito, fue enviada a Jerusalén, para exponer el asunto ante los demás apóstoles, y que su decisión, pudiese poner en reposo las mentes inquietas de los cristianos de Antioquía (**Hechos 15:2**).

En una entrevista privada que Pablo tuvo con Pedro, con Santiago y con Juan, los apóstoles presentes en Jerusalén, aprobaron la enseñanza de Pablo y reconocieron su misión especial hacia los gentiles (**Gálatas 2:1 al 9**). Incluso, el asunto se discutió en una reunión pública para aquietar los clamores de los conversos del fariseísmo, que exigían fervorosamente, que ***“fuera necesario circuncidar a los gentiles convertidos y mandarles guardar la Ley de Moisés”*** (**Hechos 15:5**).

Pedro se levantó, y después de recordar cómo Cornelio y su casa, aunque no circuncidados, habían recibido el Espíritu Santo, al igual que ellos, declaró que la salvación es solamente por gracia soberana, y que el yugo de la Ley, que incluso los judíos encontraban muy pesado, no debía ser impuesto a los gentiles convertidos. Entonces se firmó un documento, que certificó claramente este asunto, y luego fue enviado, a las iglesias de Siria y de Cilicia.

Lo curioso de esto, fue que la decisión tomada por el concilio de Jerusalén, estaba enfocada sólo a cristianos gentiles, ya que la única cuestión que se trató, fue la de saber si se les debía imponer a los gentiles, la circuncisión y la observancia de la ley mosaica. Nada se decidió, respecto de la observancia de la ley por medio de los judíos convertidos. La verdad es que, a pesar de que ellos, llegaban a considerar los dichos de los apóstoles, liberándolos de sus obligaciones legales, muchos no podían dejar sus costumbres, por causa de sentirse acusados por sus consciencias.

Tendría que haber sido claro, que si las observancias legales no eran necesarias para la salvación de los gentiles, tampoco lo era para los judíos. Sin embargo, el fuego cruzado de los legalistas no se terminó. Aflojaban con sus demandas cuando creían que debían hacerlo, pero en cuanto podían, volvían a tomar su posición, enseñando sobre la Ley, y discriminando permanentemente a los hermanos gentiles.

Incluso tenemos el famoso episodio en el cual el apóstol Pedro, *“antes que viniesen algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión”* (Gálatas 2:12). Con su ejemplo, no solo afectó a los otros judíos, sino también a Bernabé, compañero de labores de Pablo.

Por causa de esa conducta, Pablo reprendió a Pedro públicamente, porque consideró que no procedía con rectitud, según la verdad del evangelio. Por lo tanto, le dijo: *“Si tú, siendo judío, vives como gentil y no como judío, ¿cómo fuerzas a los gentiles a judaizarse?”* (Gálatas 2:14). Pablo era muy radical al respecto, y tenía muy en claro el evangelio del Reino; sin embargo, en algún momento él mismo, se vio comprometido con las exigencias de los judíos (Hechos 21:26).

Pablo comprendió que si se llevaba a cabo una política de exigencia y observancia de la Ley, se debía abandonar la esperanza de convertir a los gentiles. De ahí su audaz y enérgica acción de combatir las exigencias judías.

Los judaizantes sabían de la firme posición de Pablo, por eso trataron de llevar su agitación a las iglesias distantes, que habían sido fundadas por Pablo. Es por eso, que vemos en varias de las cartas de Pablo, las claras advertencias a los hermanos, respecto de no caer en las exigencias de los judíos, respecto del cumplimiento de la Ley. Es por eso también, que Pablo hablaba mucho de la gracia del Señor.

La Iglesia nunca debió ponerse las vestiduras de la Ley, porque la gente que la vio, no llegó a ver claramente al cuerpo, vio las vestiduras, y terminó creyendo que eran una nueva secta religiosa, cuando en realidad, esa no debió ser nunca su apariencia. Mucho menos en una etapa inicial, en la cual los convertidos, caminaron con la llenura del Espíritu Santo, y el poder de la autoridad apostólica.

Los judaizantes no dejaron de intentar introducir sus enseñanzas, incluso se formaron diferentes grupos para ser más efectivos, pero al final el diseño de libertad prevaleció. En realidad, los historiadores dicen que después de mediados del siglo V, los cristianos judíos comenzaron a diluir sus presiones y simplemente desaparecen de la historia. Sin embargo, a lo largo de los siglos, se las han ingeniado para permanecer agazapados en las sombras, tratando de introducir sus ideas.

Hoy en día, la tendencia de muchos cristianos, es indagar en las Escrituras con gran admiración por la historia judía, lo cual los va llevando a profundizar en el conocimiento de ellos, al grado de meterse en sus tradiciones,

y vuelven, una y otra vez, a las enseñanzas de los maestros judaizantes. Esto es muy lamentable, porque vemos a través de la historia, que la Iglesia, cada tanto, suele lucir nuevamente las viejas vestiduras judías.

En una ocasión, me preguntaron si yo tenía algo contra los judíos, porque en mis enseñanzas solía citar mucho sus errores. Solo deseo dejar bien claro para todos aquellos que, por causa de este capítulo, puedan pensar algo así, que es todo lo contrario. Amo al pueblo judío, admiro a muchos de sus personajes históricos, y jamás utilizaría sus ejemplos negativos para criticarlos, tengo muy presente que el Señor nació en carne como judío. Solo creo que podemos aprender mucho de ellos.

Sus ejemplos son muy valiosos, y debemos tenerlos muy en cuenta, además de saber que a su tiempo también serán restaurados como el olivo original (**Romanos 11:11 al 24**). Solo me encuentro en la obligación de exhortar a la Iglesia, a no judaizar, porque esos no son los vestidos que debemos lucir. Fuimos creados en Cristo para estar revestidos de Su gracia maravillosa.

El mover profético de estos días, ha traído nuevas olas de judaísmo que debemos evitar. Como Iglesia no necesitamos hojas de higuera, pero tampoco necesitamos modos, costumbres, ni fiestas judías, solo necesitamos mostrar la esencia preciosa que portamos, que es la esencia de Cristo en la gracia recibida.

***“En realidad, ustedes son personas nuevas, que cada vez se parecen más a Dios, su creador, y cada vez lo conocen mejor. Por eso, ya no importa si alguien es judío o no lo es, o si está circuncidado o no lo está. Tampoco tiene importancia si pertenece a un pueblo muy desarrollado o poco desarrollado, o si es esclavo o libre. Lo que importa es que Cristo lo es todo, y está en todos”.***

Colosenses 3:10 y 11 TLA



## Capítulo tres

# VESTIDA DE OSCURIDAD

*“¿Se olvida una virgen de sus adornos, o una novia de su atavío? Pues mi pueblo me ha olvidado por innumerables días...”*

Jeremías 2:32

El comienzo de la iglesia, involucró a los judíos en Jerusalén; sin embargo, la iglesia pronto se extendió a otros grupos de personas. Los samaritanos fueron evangelizados por Felipe, en **Hechos 8**, y en el capítulo **10**, Dios le dio una visión a Pedro, que le ayudó a entender que el mensaje de salvación no estaba limitado solamente a los judíos, sino que estaba dirigido a todo aquel que creyera.

La salvación del etíope eunuco, y de Cornelio, el centurión, convenció a los creyentes judíos que la iglesia de Dios era mucho más amplia de lo que ellos habían imaginado. El llamado milagroso de Pablo, en el camino a Damasco, preparó el escenario para una mayor difusión del evangelio a los gentiles. Pero así como los judíos llegaron

con sus estructuras religiosas, los gentiles llegaron con sus costumbres paganas.

El término paganismo es un concepto empleado por los cristianos, desde los primeros siglos, para designar a todo conjunto de creencias que no pertenecían ni al cristianismo ni al judaísmo. Por supuesto, la gente no se llamaba a sí misma pagana, para describir la religión que practicaba. La noción de paganismo, tal y como se entiende hoy en día, fue creada por la Iglesia cristiana primitiva, y fue una etiqueta que los cristianos aplicaron a los demás, en un sentido opuesto o despectivo.

De todas maneras, como los gentiles no asociaban sus creencias con lo que recibían en su conversión, no tenían tantos problemas en abandonar sus costumbres. Ellos comprendían que la salvación había llegado por medio de los judíos, y se entregaban fácilmente a lo que estos decían que debían hacer. Es por eso, que en el primer siglo de la Iglesia, no hubo problemas con la infiltración de costumbres paganas, pero si con el judaísmo.

Llegando al tercer siglo de la historia cristiana, la fe en Jesucristo fue prohibida por el imperio romano, y los cristianos fueron terriblemente perseguidos. Esto cambió después de la “conversión” del emperador romano Constantino, quien aseguró haber creído de corazón y liberó la posibilidad de la fe en Jesucristo.

A la edad de 31 años, se preparó para atacar a su principal rival con un ejército que lo superaba cuatro a uno. Antes de la batalla, Constantino afirmó haber tenido una visión de Jesús, con un símbolo específico, diciéndole: *¡Con esta señal, vence!* Constantino ordenó a sus tropas que marcaran sus escudos con este símbolo, el Chi-Rho, que entonces era un símbolo que representaba comúnmente al cristianismo.

El Chi-Rho combina las dos primeras letras de la palabra griega para “Cristo”, y se asemeja a una P mayúscula, con una X dibujada en el lomo. Las fuerzas de Constantino derrotaron al enemigo, y él se convirtió en emperador. El símbolo comenzó a formar parte de la firma personal de Constantino durante el resto de su vida, además de utilizarlo de diferentes maneras en el imperio.

Constantino “legalizó” el cristianismo en el edicto de Milán, en el año 313. Después, en el 325 d.C. Constantino convocó al Concilio de Nicea, en un intento por unificar la cristiandad. Los historiadores dicen que Constantino consideró al cristianismo como una religión capaz de unir al Imperio Romano, el cual, en ese tiempo, comenzaba a fragmentarse y dividirse.

Después de tanta hostilidad, algunos llegaron a pensar que esta consideración del emperador sería muy beneficiosa, o que podría causar un desarrollo positivo para la iglesia cristiana, pero el resultado fue desastroso. De hecho, el mismo Constantino se negó a adoptar, de manera absoluta,

los principios de la fe cristiana, si no que continuó con muchas de sus creencias y prácticas paganas. Así también, la iglesia que él promovió terminó contaminando su pureza, al mezclarse descuidadamente con el paganismo de Roma.

Constantino descubrió que con la gran extensión del Imperio Romano, tan diverso y expansivo, no todos accederían a renunciar a sus creencias religiosas, para abrazar al cristianismo en su lugar. Así que permitió, y aún promovió, la “cristianización” de las creencias paganas. Fue así que algunas costumbres, totalmente anti bíblicas, le dieron una nueva identidad al cristianismo, creando perversas estructuras, hasta llegar a ser lo que hoy conocemos como el catolicismo romano.

La Iglesia comenzó a organizarse como estructura de poder político religioso. Esto llevó a crear nuevas plataformas ministeriales, con la inclusión de gente encumbrada por intereses personales, pero sin siquiera estar convertidos. Cuando, en realidad, Dios había determinado que todos y cada uno de los cristianos serían sacerdotes para Él (**Apocalipsis 1:5 y 6**). Esto generó una ola de corrupción dentro de la Iglesia, que perduró por siglos, haciendo estragos en el diseño que Jesús mismo había legado a sus discípulos.

Constantino, y sus sucesores, dieron su apoyo a esas nuevas plataformas ministeriales de poder. Desde luego, consideró también, que era mejor para la unidad del Imperio Romano, que el gobernante, y la sede de la religión más poderosa, se encontraran centrados en el mismo lugar.

La supremacía del llamado obispo romano, conocido como el papado, fue creado con la ayuda de los emperadores romanos. La palabra “papa” significa “padre”, y fue aplicada primeramente a todos los obispos occidentales. La idea de que el obispo de Roma debía tener autoridad sobre la Iglesia entera, fue de lento crecimiento, y aunque nunca alcanzó la plenitud absoluta, con el tiempo, el papado llegó a las manos de un solo hombre, reconocido como el obispo universal.

Nombrar a cada papa y sus fechorías sería un trabajo muy interesante, pero tan basto que me sacaría por completo del tema que me interesa observar. Solo debo decir que cada papa, o al menos la gran mayoría, fue utilizando su poder y su influencia para el mal, permitiendo el ingreso de herejías a la iglesia del Señor. Cada uno que tuvo una idea diferente, por más perversa que esta fuera, se terminó estableciendo incluso hasta nuestros días.

El papa se autoproclamó vicario de Dios, es decir, único representante de Dios en la tierra. Se proclamó también la infalibilidad papal, con lo cual todo lo que un papa determinara o dijera no había forma de contradecirlo. Se declaró la bula: “Unam Sanctam”, en la que dice: *“Declaramos, afirmamos, definimos y pronunciamos que es del todo necesario para la salvación que toda criatura humana esté sujeta al Sumo Pontífice Romano”*.

Entre paréntesis, debo decir, que a través del tiempo, con el colapso del Imperio Romano, los papas tomaron el título que previamente había pertenecido solo a los

emperadores romanos de “Pontificus Maximus”. Lo cual no solo les otorgó mucho poder religioso, sino también político, así como el manejo de grandísimas riquezas. Sinceramente, la historia de los papas es absolutamente terrible y cualquiera que las estudie, se horrorizaría por los brutales pecados que cometían.

En ese liderazgo perverso que se formó en la Iglesia, hubo traiciones, prebendas y negociados, adulterios, orgías, abusos, asesinatos, y cuantas cosas se les pudieran ocurrir. Reitero que podría citar nombres, fechas y detalles que claramente han quedado registrados en el tiempo, pero me terminaría desenfocando de mi objetivo, y si alguien considera que solo estoy exagerando, le ruego que investigue a través de los registros de prestigiosos historiadores.

En fin, volviendo a las vestiduras de la Iglesia, debo decir, que la imagen de una iglesia compuesta por gente común, amorosa, pero empoderada espiritualmente, se fue pervirtiendo. Esas supuestas autoridades ministeriales establecidas por el imperio, fueron incluyendo prácticas paganas dentro de la fe, o como dije anteriormente, fueron cristianizando el paganismo.

Desde luego, la iglesia católica romana niega el origen pagano de sus prácticas, disfrazando sus creencias bajo complicadas capas de teología. Ellos, más bien, reconocen la tradición eclesiástica, aceptando, de alguna manera, que muchas de sus creencias y prácticas son totalmente ajenas a

la Biblia, pero atribuyendo la autoridad suficiente a la historia misma, para certificar sus dogmas.

A partir de esos primeros siglos, se comenzaron a construir grandes catedrales, violentando el principio del Nuevo Pacto, en el cual, el Señor determinó habitar en los creyentes a través del Espíritu Santo. El templo, o casa de Dios, pasó a ser cada una de las catedrales edificadas, que por cierto eran muy ostentosas, porque a través de ellas se intentaba demostrar la presencia de Dios en el territorio, y el poder mismo que tenía la iglesia a través de sus crecientes riquezas.

La intención de manipular personas, y captar a más gentiles, llevó a las autoridades a incluir costumbres y formas paganas, como por ejemplo las procesiones, que solo eran realizadas a dioses paganos, pero que a través del tiempo se fueron adaptando para gusto de las personas, y se las incluyó bajo un diseño supuestamente cristiano, para la adoración a Dios, a los santos, a las vírgenes, e incluso a los objetos.

Muchas de las estatuas, utilizadas para la idolatría pagana, no solo no fueron destruidas, sino que fueron renovadas y utilizadas para representar a otros personajes, supuestamente aceptables. Por ejemplo, la estatua de Zeus se transformó en la estatua de san Pedro, y es la que, hasta el día de hoy, está exhibida en el Vaticano.

La mayoría de los emperadores romanos, creían y expandían la fe, en la existencia de muchos dioses. Los

marinos romanos con frecuencia eran adoradores de Neptuno, el dios de los océanos. Cuando la iglesia católica absorbió el paganismo romano, simplemente reemplazó el panteón de los dioses, asignando a cada uno la identidad de los diferentes santos.

Así como el panteón de dioses romanos tenía un dios del amor, un dios de la paz, un dios de la guerra, un dios de la fuerza, un dios de la sabiduría, etc. La iglesia católica comenzó a asignar a cada santo, la autoridad sobre cada una de estas funciones, y por supuesto, sumaron muchas otras categorías de interés. Igualmente, así como muchas ciudades romanas tenían un dios específico para cada una, también la Iglesia católica proveyó sus santos patronos, para cada una de las ciudades del imperio.

Los objetos, por su parte, eran muy utilizados para la idolatría pagana, por eso las autoridades de la iglesia, comenzaron a introducirlos para atraer a más personas. Los historiadores dicen que los primeros objetos presentados, fueron unos clavos que aseguraban, habían sido los utilizados para la crucifixión de Jesús. Unas sandalias de cuero, que decían que eran de Pedro, y un pequeño recipiente, el cual contenía, según ellos, leche de los pechos de María.

La iglesia de roma, nunca renunció a estas reliquias, de hecho, hoy en día, tienen cientos de ellas esparcidas por el mundo entero. Fragmentos de la cruz, sudarios, la corona de espinas, ropas de santos, sangre de los mártires, e incluso sus cuerpos, que después del siglo IV, eran desmembrados, para

poder enviar sus partes como reliquias a diferentes lugares, llevándolos por todo el mundo, para realizar procesiones y actos de adoración.

El nombramiento de nuevos santos, la intercesión de los muertos, la confesión auricular, la prohibición de la lectura de la Biblia en el idioma del pueblo, la venta de indulgencias, con la promesa de sacar a los muertos del purgatorio, y el exterminio de toda personas que ellos consideraran herejes, fueron algunas de sus otras perversidades.

Esas prácticas, de adaptación del paganismo al desvirtuado cristianismo, terminaron impulsando el culto a Isis, una religión de la madre diosa egipcia, que fue absorbida dentro del cristianismo, reemplazando a Isis con María. Muchos de los títulos que fueron usados por Isis, tales como “la reina del cielo”, fueron adjudicados a María, a quien le atribuyeron también, diferentes apariciones, poniéndole decenas de nombres y vestidos diferentes.

La virgen María fue considerada inmaculada, al circular la versión de que había nacido sin pecado, que había vivido de manera pura y santa, y que había sido arrebatada al cielo con cuerpo y todo. Esto, por supuesto, contradiciendo claramente lo que dicen las Escrituras. Siglos después, este dogma fue establecido por el papa Pío IX, pero la creencia ya estaba instalada desde mucho antes.

La virgen María, siempre fue considerada como la madre de Dios, y como una mediadora, al igual que los santos que eran canonizados, de manera que la gente pudiera utilizarlos como canal de oración. Más recientemente, y para colmo de todos los males, la iglesia católica de Roma, también nombró a María como “corredentora”, haciendo referencia al papel de María en la redención de todos los pueblos, lo cual, no merece ni siquiera una simple aclaración.

Siempre se le concedió a María, un exaltado papel en la fe cristiana, mucho más allá de lo que la Biblia describe de ella. Como mencioné anteriormente, esto comenzó con el intento de atraer a los adoradores de Isis a la fe, que de otro modo no hubieran aceptado al cristianismo. Luego, se fueron agregando y permitiendo tantas cosas, que hoy en día, hay esparcidos por el mundo, infinidad de objetos, imágenes y formas, que solo generan idolatría pagana, disfrazada de supuesto cristianismo.

Otra religión, muy popular en el Imperio Romano, fue el mitraísmo, especialmente entre los soldados romanos, y posiblemente fue la religión de muchos emperadores romanos. Constantino y los siguientes emperadores, reemplazaron el mitraísmo con el cristianismo. Una de las características claves de esas creencias, era una comida de sacrificio, la cual consistía en comer la carne y beber la sangre de un toro sacrificado.

Mitras, el dios del mitraísmo, estaba presente en la carne, y en la sangre del toro, y cuando eran consumidas,

otorgaba la salvación a aquellos que tomaban parte de esa comida sacrificial. El mitraísmo también tenía siete “sacramentos”, haciendo que sus similitudes con el catolicismo romano, fueran demasiadas para ser ignoradas.

Tristemente, la iglesia cristiana, ya transformada en otra cosa, añadió el misticismo a lo que era la simple cena del Señor, rechazando el concepto bíblico de un simple acto, para hacer memoria de la obra de Jesús, y transformarla en la misa, en la eucaristía, que es el santo sacrificio, en donde además se pretende una transustanciación similar a la practicada por el mitraísmo.

Como podemos ver, el origen de la iglesia católica surgió como el trágico compromiso del cristianismo verdadero con los intereses políticos y las religiones paganas que la rodeaban. En vez de proclamar el evangelio y convertir a los paganos, solo terminó cristianizando sus prácticas, mezclando las diferencias y borrando las características distintivas. La iglesia procuró hacerse a sí misma, atractiva a la gente del mundo que la rodeaba, pero terminó perdiendo su esencia.

Uno de los resultados, fue que la iglesia, estando bajo la autoridad de Roma y vinculada con el poder político, se convirtió en la religión suprema, en gran parte del territorio europeo durante siglos. Sin embargo, otro resultado más adverso aún, fue la más perversa apostasía del verdadero evangelio del Reino, y las sanas doctrinas de libertad que debieron ser proclamadas a las naciones.

***“Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas.”***

2 Timoteo 4:3 y 4

Solo debo decir que el catolicismo de Roma, ha pasado por una historia oscura y muy perversa. Yo fui bautizado de niño y pertenezco al catolicismo hasta mi conversión, no tengo absolutamente nada personal, ni experiencias, ni situaciones que puedan afectar mi opinión sobre la iglesia católica, lo que les comparto, sin entrar en detalles es lo que cualquiera puede encontrar en manuales o libros de historia, nada más.

Es muy triste, pero es verdad, y he compartido parte de estos registros históricos, por una sencilla razón. Desde el tercer siglo y hasta el siglo XV, tiempo en el que se produjo la gran reforma, esa fue la única Iglesia cristiana que hubo. Imaginemos lo que la gente veía de esa Iglesia, y lo que han pensado del cristianismo a través de la historia. No podemos ignorar que la iglesia católica de Roma, incluso hasta nuestros días, es considerada por muchos, como la iglesia cristiana oficial.

Solo he procurado mostrarles, cómo la Iglesia que comenzó llena del Espíritu en el Pentecostés, se fue poniendo vestidos nunca asignados por el Señor. Notemos cómo fue quedando oculta su esencia verdadera. Dejó de ser la imagen de Cristo, y se convirtió en una simple religión más.

No pasaron un par de décadas, pasaron siglos, de una iglesia, que solo brillaba por su poder e influencias políticas, pero sumergida en la más densa oscuridad espiritual. Hoy nos pueden parecer lejanos esos tiempos, pero esos fueron los ropajes de la Iglesia. Agradezco a Dios por la gran Reforma, y por los hombres y mujeres, que entregaron su vida para quitar esas vestiduras paganas y perversas, exponiendo nuevamente la verdad.

No fue fácil quitar de la Iglesia esos oscuros vestidos, que de hecho se tiñeron de sangre, porque las autoridades de Roma, se defendieron violentamente para no quedar expuestos. Al ver que la reforma protestante cada vez crecía más, se unió para responder a esta, con el movimiento que se conoció como la contrarreforma católica.

Su diseño se basó en armar diferentes inquisiciones con la idea de vigilar, hostigar, detener y castigar a los que no estaban siguiendo la doctrina católica. Los principales movimientos de las inquisiciones se dieron en Francia, en Aragón, en España, en Portugal, y en la misma Roma. Se persiguieron y asesinaron a miles y miles de cristianos protestantes.

Se creó la llamada Empresas de Jesús, a través de la orden de los jesuitas, para combatir directamente a los hermanos protestantes. Ciertamente, se vivieron años tremendamente dolorosos, y muy caros para la historia del cristianismo.

La Iglesia nunca debió lucir esos oscuros vestidos, bordados con perversas ambiciones humanistas. La Iglesia se cubrió de ropajes que ocultaron la verdad, y el diseño que había establecido el Señor. Quien había pagado un precio muy elevado para presentar al mundo una Iglesia gloriosa, pero los hombres se encargaron de cubrirla con mantos de maldad.

Aun así, Dios nunca se desentendió de Su amada, y la ha preservado, debajo de esas viles vestiduras. Al final todos la verán tal cual es, hermosa y gloriosa. Es esa la Iglesia por la cual Él viene, y espero podamos desnudarnos ante Él sin vergüenza alguna, y vestirnos ante el mundo con los vestidos correctos, atentos y listos para Su llegada.

***“Así como de la tierra brotan las semillas, y en el jardín nacen las plantas, así Dios hará brotar la justicia y la alabanza entre todas las naciones”***

Isaías 61:11 BLS



## Capítulo cuatro

# MUCHOS VESTIDOS DIFERENTES

*“Hermanos míos, yo les ruego, de parte de nuestro Señor Jesucristo, que se pongan todos de acuerdo y que no haya divisiones entre ustedes. Al contrario, vivan unidos y traten de ponerse de acuerdo en lo que piensan. Algunos de la familia de Cloe me dijeron que hay asuntos por los que ustedes están discutiendo mucho.*

*Mientras que algunos dicen: Yo soy seguidor de Pablo, otros dicen: Yo no, yo soy seguidor de Apolo. Y hay otros que responden: Pues yo soy seguidor de Pedro, y aun otros dicen: Yo sigo a Cristo.*

*¡Pero no hay tal cosa como un Cristo dividido!*

1Corintios 1:10 al 13 BLS

La Reforma protestante surgió por las perversas desviaciones de la Iglesia católica que, a través de sus espurias influencias, se había convertido en la entidad política religiosa más poderosa en esos tiempos. En 1517, un sacerdote alemán, profesor de teología llamado Martín Lutero, escribió las 95 tesis, por medio de las cuales,

confrontó algunas de las doctrinas impuestas por el catolicismo de Roma, tales como la justificación, la autoridad ministerial y la venta de indulgencias para absolver los pecados.

Sus ideas fueron revolucionarias, y sirvieron de catalizador para la eventual ruptura con la iglesia católica. Fueron posteriormente decisivas para la formación del movimiento conocido como la gran Reforma Protestante. En poco tiempo sus tesis se habían difundido por gran parte de Europa. Mientras tanto, otras personas, también consideradas como reformadores, comenzaron a ejercer sus presiones uniéndose a la causa.

El movimiento de la Reforma suprimió dogmas, y cambió aspectos triviales y obsoletos, que habían sido introducidos en la doctrina católica, solo por causa de oscuros intereses de poder, y el deseo de manipular a los creyentes, sometiéndolos a su antojo. Al ver el accionar de los llamados reformadores, y de la gente que los respaldaba, la iglesia reaccionó con su propia contrarreforma.

Los efectos del movimiento protestante, comenzaron a notarse en toda la sociedad. Los resultados fueron verdaderamente asombrosos, porque además de impactar de lleno sobre la autoridad del catolicismo, generó grandes cambios en el balance del poder político en toda Europa. Esto no fue algo buscado por los reformadores, que solo pretendían recuperar la sana doctrina. Sin embargo, fue inevitable que se produjeran violentas confrontaciones.

Las diferentes inquisiciones y la llamada guerra de los Treinta Años, desatada desde 1618, afectaron a toda Europa, cambiando los paradigmas culturales, y la opinión que toda la gente tenía de la Iglesia. Sin dudas habían comenzado los cambios de vestiduras que, por un lado, renovaron a la Iglesia y, por otro lado, la dividieron en varias fracciones.

Después de la llamada gran Reforma, comenzaron a aparecer por toda Europa, diferentes iglesias protestantes, que en su gran mayoría se apegaban a las enseñanzas de Martín Lutero, identificándose como luteranas. Su nueva doctrina se propagó, y en poco tiempo, la mayoría de Escandinavia se había convertido al luteranismo. Por su parte, las creencias de Juan Calvino, también ganaron terreno en los Países Bajos, y algunos otros lugares.

Con el tiempo se reconocieron por igual, tres vertientes cristianas fundamentales. Por un lado, el catolicismo de Roma, y, por otro lado, el Luteranismo y el Calvinismo. Respecto del vínculo con el poder político, se le ofreció a cada príncipe, el derecho de determinar la religión de su propio estado, lo cual generó, mayor división y presión territorial, entre los intereses políticos y los religiosos.

Por otra parte, las personas que no pertenecían a una de estas tres vertientes reconocidas, a menudo eran perseguidas, de manera tal que en muchas ocasiones se veían obligadas a huir de sus hogares y de su tierra. Imaginemos, por un momento, lo que la gente llegó a pensar sobre la Iglesia cristiana. Sin dudas, las diferentes vestiduras, los

hostiles enfrentamientos, y la rigidez de las diferentes estructuras, que nada tenían que ver con la vida de fe, deben haber generado una gran confusión.

La gran Reforma separó a los protestantes de los católicos tradicionales, pero la diversidad de denominaciones que se generaron dentro de la iglesia protestante, también sirvieron, y sirven hasta nuestros días, como uno de los argumentos más usados por apologistas católicos en contra de la Reforma. Esto, a pesar de que dentro de la Iglesia católica, también existe una gran diversidad de vertientes, pero el dogma de la supremacía del obispo de Roma, les sirve para enmascarar tales diferencias doctrinales y políticas, entre las autoridades del catolicismo.

Sin dudas debemos reconocer, que no ha sido nada buena la creación de tantas denominaciones evangélicas, que existen hasta hoy en día. Ante esta realidad, es evidente que necesitamos entender, cómo surgieron las denominaciones, y qué debemos hacer para conseguir unidad, más allá de toda diferencia.

Debemos reconocer, que la gran proliferación de denominaciones diferentes, se ha producido sin perseguir esa intención; sin embargo, también debemos asumir que se tendría que haber trabajado mucho más para revertirla. Martín Lutero no pensaba fundar la nueva Iglesia luterana, sino reformar la antigua Iglesia católica. Así también los puritanos buscaban reformar la Iglesia anglicana, pero con el paso del tiempo, algunos hombres fieles, llegaron a la

conclusión, de que el proyecto de una iglesia genuinamente reformada, solo se podía lograr fuera del contexto de la llamada iglesia oficial.

De la misma forma, John Wesley quiso liderar una renovación dentro de la Iglesia anglicana, y no formar una nueva denominación. Es decir, que la misma naturaleza de la reforma protestante, creó un ambiente donde la proliferación de denominaciones fue casi inevitable.

Las principales ramas de la iglesia protestante, fueron la Luterana, la llamada Reformada, la Anabaptista y la Anglicana, pero de estas cuatro ramas principales, surgieron, con el paso de los siglos, muchas otras denominaciones. Además, en estos últimos tiempos, a través de la creación de denominaciones independientes, esto ha crecido de manera exponencial.

Aunque los protestantes siempre han valorado la unidad, su experiencia de la iglesia romana, los llevó a entender, que la unidad solo debía procurarse con base en un común acuerdo en cuanto a la verdad, y que nunca debía ser pretendida a expensas de ella. Los reformadores rechazaron la autoridad máxima del magisterio católico, reemplazándola por la autoridad de la Biblia. Sin duda, esto generó una gran libertad espiritual, pero continuas y nuevas diferencias, nos siguen dividiendo cada vez más.

La denominación luterana recibió su nombre de Martín Lutero, y se basaba en sus enseñanzas. Los metodistas

recibieron su nombre porque su fundador, John Wesley, quien era famoso por idear métodos para el crecimiento espiritual. Los presbiterianos tomaron su nombre de su visión del liderazgo eclesiástico. Los bautistas recibieron su nombre porque siempre habían hecho hincapié en la importancia del bautismo.

Cada denominación ha sostenido doctrinas ligeramente diferentes, o énfasis diferentes en algunos temas, tales como el método de trabajo, las formas en la cena del Señor, la soberanía de Dios para la salvación, el libre albedrío, la predestinación, la vigencia de los dones del Espíritu Santo, los milagros, la liberación, la guerra espiritual, la función pastoral de las mujeres, el funcionamiento de los cinco dones de ascensión, el futuro de Israel, el rol de la iglesia, el rapto secreto, el período milenial, y diferencias semejantes.

El tema de estas divisiones, nunca es Cristo como Señor y Salvador, las doctrinas fundamentales no están en discusión, si lo estuvieran estaríamos hablando de sectas, u otras religiones diferentes, como el mormonismo o los testigos de Jehová. La mayoría de las denominaciones, verdaderamente cristianas, han surgido de sinceras diferencias, y de la opinión de personas piadosas, que tratando de honrar a Dios, y tratando de defender la pureza doctrinal de acuerdo con sus conciencias, ha terminado separándose de otros hermanos.

Las denominaciones hoy en día son muchas, algunos han llegado a calcular más de treinta mil, pero en realidad todas surgen de las cuatro ramas principales y de una sola reforma. Es decir, se han ido formando numerosas ramificaciones, como las Asambleas de Dios, la unión de las Asambleas de Dios, la Alianza Cristiana y Misionera, los Nazarenos, los adventistas, las iglesias bíblicas independientes, la Biblia abierta, las Bautistas renovadas, la iglesia Cuadrangular, etc.

Algunas denominaciones enfatizan ligeras diferencias doctrinales, pero lo más habitual es que simplemente ofrezcan diferentes estilos de adoración y trabajo, para adaptarse a los distintos gustos y preferencias de los cristianos. Sin embargo, no debemos equivocarnos, como creyentes, podemos tener una gran libertad en la forma en que adoramos u organizamos el trabajo, pero debemos estar de acuerdo en lo esencial de la fe, ya que eso no debe negociarse.

Con la mejor de las intenciones, puedo decir que esta libertad, es la causa de que haya tantos vestidos diferentes sobre la Iglesia. La verdad es que la diversidad puede enriquecernos, pero la falta de unidad puede ser muy destructiva. Esto es muy notorio en los consejos pastorales de las diferentes ciudades del mundo, donde cuesta muchísimo lograr que los pastores se unan un poco, no para trabajar juntos en eventos multitudinarios, sino para sostener una buena comunión espiritual entre hermanos, tal como nos manda nuestro Señor.

Si dos iglesias discrepan doctrinalmente, puede que sea necesario debatir y dialogar sobre la interpretación de la Palabra. Los pastores deberíamos unirnos para orar, y pedir que el Espíritu Santo, nos conduzca, poco a poco, hacia una unidad verdadera. Esta forma de **“hierro con hierro se aguza” (Proverbios 27:17)**, debería ser beneficiosa para todos. No obstante, si tenemos diferencias respecto a los sistemas de trabajo, está bien que permanezcamos trabajando cada cual a su manera. Lo que debemos tener en cuenta es que esa separación laboral, no debe eliminar el amor y la verdadera comunión espiritual.

Existen al menos dos problemas importantes con las vestiduras impuestas por las diferentes denominaciones. En primer lugar, en ninguna parte de las Escrituras hay un mandato claro para formar denominaciones; por el contrario, el mandato es para estar unidos, en plena comunión espiritual, y sin considerarnos como enemigos en competencia.

El segundo problema, es que la historia nos dice que las denominaciones, son el resultado de diferencias que surgieron, y que no pudieron ser subsanadas. Lo cual nos debería generar temor, porque ante tantas diferencias respecto de las doctrinas periféricas, deberíamos asumir que hay muchos honestos, que están peligrosamente equivocados. Además, deberíamos recordar, que Jesús enseñó claramente, que una casa dividida contra sí misma no puede prevalecer (**Mateo 12:25**).

Encontramos un ejemplo de esto, en los hermanos de la iglesia de Corinto, quienes estaban luchando con ciertas divisiones. Había quienes pensaban que debían seguir a Pablo, y quienes pensaban que debían seguir la enseñanza de Apolos, por eso Pablo les preguntó: ***“¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?”*** (1 Corintios 1:13).

Estas preguntas del apóstol, fueron para dejarnos en claro, que él no pensaba en la posibilidad de aceptar diferentes denominaciones, ni nada que pretenda separar o dividir el cuerpo. De todas maneras, el mismo Pablo reveló la verdadera unidad de la Iglesia, esa que no debe ser afectada bajo ningún punto de vista.

***“Con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos”.***

Efesios 4:2 al 6

Cuando analizamos este pasaje, podemos llegar a la conclusión, de que la Iglesia, por sobre todas las cosas, ha sido creada de manera sobrenatural y divina. No es el resultado de gente que simplemente cree, sino de gente renacida, que es introducida soberanamente en el cuerpo de

Cristo, por lo cual la Iglesia es indivisible, porque Cristo no puede ser dividido.

La verdadera unidad de la Iglesia está en su esencia, porque todos los renacidos tenemos el mismo Padre, el mismo Señor, la misma sangre, el mismo Espíritu, la misma fe y la misma esperanza. En tal caso, se puede ir gente de una congregación, se puede ir de una denominación, o incluso, formar una independiente, pero lo que no se puede hacer, es dividir lo que Dios ha unido, y si algo se dividiera es simplemente porque no pertenece a Cristo.

Con esto, no estoy calificando ni descalificando a nadie, no soy quién para tal atrevimiento. Solo digo que el Señor sabe quiénes son suyos (**2 Timoteo 2:19**). Y aunque diferentes líderes, en diferentes tiempos, han tomado lugar fuera de la voluntad divina, y han tomado decisiones fuera del gobierno del Espíritu Santo, la Iglesia verdadera sigue estando firme bajo todas esas raras vestiduras.

Es obvio que, bíblicamente, solo hay una Iglesia y un cuerpo de creyentes. Cualquier cosa que sea diferente a eso, debilita y combate la sana manifestación de la Iglesia, en una sociedad absolutamente necesitada. La gente tendría que ver el cuerpo de Cristo, no grandes salones, hermosos carteles, ni famosos ministros súper ungidos. La sociedad necesita ver el cuerpo, no esos extraños vestidos que solo disfrazan la verdad.

He mencionado anteriormente algunas diferencias que nos han dividido, pero para dar un ejemplo contundente de cómo generan presiones, ciertas diferencias doctrinales, podría citar al bautismo, porque nos otorga una clara ilustración. ¿Es el bautismo un requisito para la salvación, o es un símbolo del proceso de salvación?

Increíblemente, el bautismo ha sido un tema central en la separación de iglesias y la formación de nuevas denominaciones. Algunos bautizan solo en el nombre de Jesús, mientras que otros lo hacen en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Algunos bautizan por inmersión, y otros por aspersion, algunos demandan tiempo de testimonio para aprobar a los candidatos, y otros bautizan rápidamente a quienes dicen creer.

Algunos bautizan haciendo primero un curso obligatorio, otros lo hacen sin cursos previos, algunos los obligan a vestirse de blanco, otros no, algunos solo bautizan en corrientes de agua natural, mientras que otros lo hacen en cualquier pileta. Algunos dan un certificado de bautismo y otros no, en fin, la verdad es que no creo que Dios esté complicado con esas tonterías, que por cierto, si fueran tan importantes estarían aclaradas en la Biblia punto por punto.

Los desacuerdos sobre algunas interpretaciones de las Escrituras, se toman como algo personal, y se convierten en puntos de disputa. Esto lleva a discusiones que pueden, y han hecho mucho, para destruir el testimonio de la iglesia. En realidad deberíamos ser capaces de resolver diferencias de

manera interna, en comunión, y con gran tolerancia, pero la historia nos dice claramente que no hemos tenido la capacidad de manejar esto correctamente.

Tristemente, algunos líderes, han utilizado sus denominaciones independientes para interés propio. Desviados por su codicia y su orgullo, se han encumbrado ellos mismos, procurando una autoridad divina, respaldados por un supuesto poder sobrenatural. Se muestran como seres diferentes y especiales, tal como si fueran papas evangélicos enseñando como si tuvieran infalibilidad.

Algunas de estas denominaciones, aunque ellos mismos no puedan verlo, están siendo llevadas a la apostasía por aquellos que están promoviendo sus agendas personales. La Iglesia de los tiempos finales, será una Iglesia capaz de mostrar la unción corporativa, no la de algunos ungidos que pretenden ser especiales. Con esto, no pretendo descalificar, a los genuinos ministros del Reino, que verdaderamente predicán bajo el poder del Espíritu Santo.

El valor de la unidad, se encuentra en la capacidad de unir nuestros dones, talentos, virtudes y recursos, para promover el Reino en un mundo perdido. Esto va en contra de las divisiones causadas por egoístas intereses, o por estructuras establecidas dentro de algunas denominaciones, que no reconocen a nadie más, que a sus propios componentes.

¿Qué debemos hacer, o qué podemos hacer nosotros al respecto? Bueno, simplemente deberíamos congregarnos en donde se predique el evangelio del Reino, donde nos ayuden a madurar y nos enseñen a vivir bajo el gobierno del Espíritu Santo. Podemos buscar estar cómodos y felices, debemos adorar a Dios de corazón y servirlo con nuestras capacidades. Todo esto, bajo una consciencia de Pacto correcta, es decir, sabiendo que el Pacto solo puede ser vivido, en la persona de Cristo, y como miembros de Su cuerpo.

No digo, como miembros de una denominación determinada, sino como miembros del cuerpo de Cristo, sabiendo que cada hermano renacido, en cualquier lugar del mundo, tiene el mismo Padre que nosotros, el mismo Señor, la misma sangre sobre su vida, el mismo Espíritu, la misma fe y la misma esperanza, y que cualquier diferencia doctrinal, hace necesaria la tolerancia producida por el amor y la humildad.

Ciertamente, el movimiento continúa y expresa su estado en perpetua evolución, diciendo: “Iglesia Reformada, siempre reformando”, y este no es un concepto terminado, sobre todo en este tiempo, en donde creo que más que nunca se deben despertar, verdaderas reformas divinas, que nos permitan, volver al diseño original. Debemos quitarnos los raros vestidos institucionales y presentar ante el Padre, una Iglesia desnuda, para que Él la revista de pureza y de esplendor.

***“Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha”.***

Efesios 5:25 al 27



## Capítulo cinco

# VESTIDOS BARATOS

*“En cuanto a las mujeres, quiero que ellas se vistan decorosamente, con modestia y recato, sin peinados ostentosos, ni oro, ni perlas ni vestidos costosos. Que se adornen más bien con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan servir a Dios”.*

1Timoteo 2:9 NVI

No provengo de una familia verdaderamente cristiana, es decir, todos decíamos creer en Dios, pero en realidad ninguno había sido alcanzado por la gracia divina. Por tal motivo, tampoco teníamos ningún vínculo con la iglesia evangélica, así que al momento de comenzar a congregarnos, todo nos parecía hermoso, pero algo extraño.

Las reuniones eran muy lindas, porque podíamos sentir la presencia del Señor. Nos encantaban las canciones y nos resultaban muy interesantes las predicaciones, sobre todo a mí en particular, porque de entrada, me apasioné mucho por

conocer más de la Palabra de Dios. Sin embargo, nos sorprendieron algunas formas difíciles de asimilar. Modismos que practicaban algunos hermanos en la congregación a la que asistíamos, y muchas otras conductas, de las cuales, me enteraba que se practicaban en otras congregaciones.

Nos parecían raras, algunas expresiones, modos de conducta o, por ejemplo, las vestimentas que muchos utilizaban. Por supuesto, este libro no está enfocado en criticar o cambiar las vestimentas de manera literal, pero al estar utilizando la figura de los ropajes, encontré que también, la forma de vestir que la gente utilizaba en la Iglesia unas décadas atrás, era rara y alejada del buen gusto.

Esto no lo digo porque las hermanas o los hermanos, no tuvieran recursos financieros para vestirse bien, sino porque en esa época, vestirse a la moda, era visto como algo pecaminoso. Cualquiera que veía en la calle, a una hermana con falda larga hasta los pies, o un hermano de saco y corbata, con una Biblia bajo el brazo, sabía que era miembro de la Iglesia evangélica, porque todos lucían raros o fuera de época.

En esos días, ninguna mujer utilizaba faldas largas de manera cotidiana, incluso hoy en día, se puede ver a una mujer con vestido largo, solo para asistir a alguna fiesta. Sin embargo, en la Iglesia, era como una ley impuesta el uso de la falda larga. Tampoco utilizaban mucha bijouterie, ni tintura en el cabello, ni maquillaje de ningún tipo, ni prendas

que pudieran sugerir cierta sensualidad, ya que todo eso, era visto como una falta contra la santidad.

Los hombres también cuidaban mucho su forma de vestir, pero quienes eran ministros o líderes, tenían la obligación de llevar corbata, y no podían realizar ninguna actividad en el supuesto altar, sin ponerse el saco. Eso, sin importar la temperatura reinante. Tampoco utilizaban pelo largo, ni patillas, ni barba candado, ni nada que pudiera considerarse mundano.

Mirar televisión no era algo muy bien visto en esa época, de hecho algunos le llamaban la caja del diablo. El fútbol era pecado, y decían que la pelota era la cabeza del diablo, los juegos de los niños, en su mayoría eran considerados pecaminosos, ya que por ejemplo jugar a las bolitas era jugar con los ojos del diablo, o las figuritas eran vistas como las fotos del diablo. Los dibujitos de Disney eran todos diabólicos, igual que la música, el cine y el teatro.

Los jóvenes tenían prohibido la junta con amigos denominados como “mundanos”, no podían salir a divertirse normalmente, ni participar de fiestas o cumpleaños. Se les aconsejaba no meterse en la facultad, porque ahí se enseñaba filosofía humanista, ni estudiar nada que pudiera afectar su santidad. Lo mismo ocurría con los trabajos, ya que muchas actividades eran consideradas pecaminosas.

Nadie participaba de actividades, o fiestas tradicionales, ni de la navidad en familia, ni del año nuevo,

ni en diferentes cumpleaños o casamientos con familiares inconversos. Nadie iba a recitales, festivales, carnavales, ni nada que pudiera ser considerado pecaminoso, o realizado en comunión con los impíos. Si las autoridades de la Iglesia se enteraban de tales cosas, los hermanos podían ser disciplinados.

La moralidad o la santidad se entendían, no necesariamente según la Biblia, sino según los usos y costumbres de la época en que los líderes de mayor edad habían conocido el evangelio, esto es, la primera mitad del siglo XX. Por lo tanto, todos los cambios sociales y culturales, ocurridos en las siguientes décadas, fueron considerados pecaminosos, inmorales o mundanos, ya sea que vayan o no, en contra de lo que la Biblia enseña.

El solo hecho de que algo fuera novedoso, lo hacía merecedor de la mayor sospecha, y rechazaban todo, tratando de evitar que el mundo se metiera en la iglesia. Sin quererlo, el mensaje de santidad dejó de ser una exhortación tomada de las Escrituras, y se convirtió, más bien, en un despiadado ataque contra todo lo que surgiera a través de lo social, de las modas, de la ciencia, o del avance tecnológico.

Incluso, recuerdo que había congregaciones, que no aceptaban instrumentos eléctricos, ni equipos de sonidos, ni siquiera aceptaban el uso de la batería, porque decían, que todas esas cosas las utilizaban en el rock and roll, y eran del diablo. Ni hablar de la utilización de luces de colores, o esos detalles decorativos, que hoy en día son muy comunes.

La Biblia dejó de ser, la norma de una conducta bien interpretada, y fue reemplazada, por usos y costumbres de una comunidad ciertamente conservadora. El intento de frenar los cambios culturales de un nuevo tiempo, solo quedó como la suma de todos los miedos. Con lo cual, se terminó usando la Biblia, para justificar ideas preconcebidas, respecto de lo que culturalmente entendían, como santo o como impuro.

¿Cuál fue el efecto de estas temerosas conductas? Bueno, la sociedad nos veía como gente rara, y muchos no deseaban acercarse por causa de estas cosas. Algunos decían: “Nos gustaría ir a una reunión, porque dicen que se viven cosas lindas, que suelen ocurrir milagros, y que se siente la presencia de Dios, pero, por otro lado, no queremos porque después nos empiezan a prohibir todo...”

Como un joven ministro, esas absurdas actitudes me causaban mucha frustración, porque, por un lado, sentía que Cristo me había liberado de toda esclavitud, y, por otro lado, sentía que las estructuras de la Iglesia, pretendían ponerme otras cadenas, a través del legalismo y la religiosidad. Recuerdo que todos queríamos llevar gente a la Iglesia, porque sabíamos de lo maravilloso que era vivir en Cristo, pero sentíamos la vergonzosa sensación de tener que acomodar a la gente, a un sistema de vida raro, que nada tenía que ver con la verdadera libertad espiritual.

Para colmo de males, cuando teníamos la posibilidad de llevar a un invitado a una reunión, los pastores parecían

predicar enardecidos contra el pecado. Era como si al ver sentado frente a ellos, a quienes consideraban mundanos, tuvieran que aprovechar la oportunidad para decirles en la cara, la aborrecible vida que estaban llevando, y la cruel condenación que los esperaba si no se arrepentían.

Los jóvenes, por su parte, luchaban mucho contra todo esto. En los primeros años, trabajé como líder de los jóvenes, y ellos me contaban que les resultaba muy difícil llevar a sus amigos. Me confesaban sentir mucha vergüenza de algunas cosas de la Iglesia. No del Señor, ellos se sentían empoderados por Cristo, pero sentían que sus amigos no aceptarían las estructuras que tenía la Iglesia, ni tampoco las formas utilizadas para transmitir las supuestas demandas de la sana doctrina.

Lamentablemente, estos extraños vestidos religiosos que lució la Iglesia, no solo impidió la llegada de nuevos jóvenes, sino que, por el contrario, muchos de los jóvenes, incluso algunos hijos de pastores, llegados a cierta edad, se salían de sus congregaciones, y no por rebeldía, sino por el agobio que habían padecido durante años.

La mayoría de ellos, seguían expresando el sincero amor que sentían por Dios, porque no tenían la intención de rebelarse contra Su voluntad, y se sentían mal por no congregarse. No querían ser rebeldes contra Dios, ni contra el evangelio, pero no soportaban el sistema religioso que una y otra vez, les imponía restricciones absurdas, aislándolos de

amigos y de sanas oportunidades. Creo que ellos solo se manifestaron de la única forma en que pudieron hacerlo.

Por mi testimonio, fui consagrado como ministro evangelista siendo soltero, y con pocos años de convertido, por lo tanto, pude participar activamente de todos los cambios que se fueron realizando en la Iglesia. Siempre fui visto, como un ministro algo transgresor, porque nunca tuve una formación religiosa, ni me crié dentro de la Iglesia, por lo cual veía y reaccionaba rápidamente a todo lo que me parecía absurdo o innecesario.

En esos años, el rompimiento de la religiosidad, y el llamado legalismo, no fue nada fácil, porque había muchas denominaciones muy cerradas a todo cambio. Sin embargo, puedo ver, hoy en día, cómo le pudimos quitar en unos años esas feas vestiduras baratas que la Iglesia lucía ante la sociedad.

Lo que pretendo señalar, al mencionar las vestiduras como baratas, nada tiene que ver con los costos monetarios. Me refiero específicamente, a que esa santidad pretendida desde la imposición religiosa, no es la santidad verdadera, otorgada por Jesucristo. Esa que solo Él, obtuvo en la cruz del Calvario, por medio de un elevadísimo precio. Esa sí, es hermosa y luce muy bien.

La palabra “legalismo” no se encuentra en la Biblia. Es un término que se usa para describir una posición doctrinal enfatizando un sistema de reglamentos, algunos tomados de

la Biblia y otros impuestos por las estructuras institucionales. En algunos casos, son establecidos como requisitos para alcanzar tanto la salvación, como el crecimiento espiritual, lo cual los convierte en reglamentos ajenos a la voluntad de Dios.

Los ministros legalistas, que defendían casi violentamente su sana doctrina, creían que era necesaria la estricta adherencia literal a esos reglamentos. Doctrinalmente, estos utilizaban una posición esencialmente opuesta a la gracia, y no es que lo hacían con maldad, sino que ellos mismos lo habían aprendido así, y pensaban que debían defender esas estructuras.

Recuerdo muy bien, que algunos ministros se sentían tan seguros acerca de sus doctrinas, que aunque las diferencias no fueran fundamentales, excluían de su círculo a todos aquellos que pensarán diferente. De hecho, bastaba con escuchar un rumor de ciertas diferencias, para distanciarse de otros consiervos. Tampoco se permitían el debate, o el intercambio de opiniones con sus pares.

Muchos ministros legalistas demandaban solidaridad incondicional a sus propias interpretaciones bíblicas, y aun a sus propias tradiciones. Por ejemplo, había algunos que consideraban que, para ser espirituales, los hermanos debían evitar el tabaco, las bebidas alcohólicas, los bailes, los recitales, el cine, el teatro o cosas como esas, ante las cuales ciertamente debemos utilizar el discernimiento espiritual, pero la prohibición de todo de manera radical, como si fueran

mandamientos bíblicos, no es ninguna garantía de espiritualidad verdadera.

Cuando se enseña el evangelio de esa manera, muchos hermanos llegan a pensar, que la esencia del cristianismo es seguir al pie de la letra, ciertos reglamentos, incluso aquellos que sean extra bíblicos. Por ejemplo, la Biblia no dice que no podemos ir al cine, o beber una buena copa de vino al cenar. No podemos hacer de estos asuntos, la prueba externa de un cristianismo auténtico.

***“Ustedes están unidos a Cristo por medio de su muerte en la cruz, y ya no están sometidos a los espíritus que gobiernan este mundo. Entonces, ¿por qué se comportan como si todavía estuvieran bajo su dominio?***

***¿Por qué obedecen a quienes les dicen: no toquen esto, no coman eso, no prueben aquello? Esas reglas no son más que enseñanzas humanas, que con el tiempo van perdiendo su valor”.***

Colosenses 2:20 al 22 BLS

Enseñar así, se convierte en una fatal violación del verdadero evangelio, porque eso sustituiría la santidad, y los frutos reales del Espíritu, cambiándolos por simples comportamientos o costumbres. Incluso, diría que nos acercamos peligrosamente a la mentira al interpretar que el hacer humano determina nuestra justicia ante el Padre. Así se producen las imitaciones baratas.

Solo Jesucristo es nuestra justicia, y nosotros recibimos la gracia de vivir en Él. No debemos caer en esclavitud de consciencia, ni esclavizar a los hermanos, con reglas hechas por medio de estructuras humanas. Tenemos que prestar atención, y luchar contra este tipo de legalismo evangélico.

Los legalistas pueden parecer justos y espirituales, pero el legalismo, en última instancia, no logra los propósitos de Dios, porque es una actuación externa en vez de un cambio interior producido desde la regeneración. Jesús reprendió a los fariseos en este mismo punto, diciendo: ***“Ustedes enseñan tradiciones humanas como si fueran la palabra de Dios”*** (Mateo 15:9 NBV). No tenemos derecho a crear restricciones en lo que Él, no nos ha restringido.

De la misma forma, en que demos huir del legalismo asfixiante que anula la gracia, así también, debemos huir, con igual temor, de todo libertinaje sin freno, que hoy es predicado por igual en muchas congregaciones cristianas. El equilibrio bíblico demanda armonizar la santidad y la gracia, dos conceptos bíblicos que son complementarios. No son opuestos, pues sin la gracia, la santidad simplemente es imposible.

Predicar un evangelio basado en la moralidad, y no distinguir la Palabra correctamente vivificada por el Espíritu, dentro del contexto cultural en el cual vivimos, es un error que nos saca de una vida efectiva en el Reino. Un mal entendimiento teológico puede llevar a una mala práctica de

la piedad verdadera, y eso es muy dañino para la Iglesia. El legalismo solo es un sistema religioso basado en conceptos que no dan la gloria a Dios, ni nos pone los vestidos correctos delante de la sociedad.

Procurar madurar espiritualmente y crecer en santidad diariamente, no es legalismo. Cuando gestionamos santidad, desde la vida misma, y no desde las absurdas imposiciones, es cuando lucimos sinceramente puros. Ciertamente, la voluntad de Dios es nuestra santificación (**1 Tesalonicenses 4:3**), pero debemos comprender que en el Nuevo Pacto, la santidad es otorgada en Cristo.

Nosotros tenemos la tarea de gestionarla, bajo la operación del Espíritu Santo, evidenciando sus frutos. El apóstol Juan afirma: *“Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como Él es puro”* (**1 Juan 3:3**). Vivir una vida piadosa, que toma seriamente la Palabra de Dios, y la ética cristiana, no es legalismo cuando se produce con sinceridad, y desde la vida del Espíritu.

*“Dios los ha unido a ustedes con Cristo Jesús. Dios hizo que él fuera la sabiduría misma para nuestro beneficio. Cristo nos hizo justos ante Dios; nos hizo puros y santos, y nos liberó del pecado.”*

1 Corintios 1:30 NTV

Es por la gracia soberana de Dios, que estamos unidos a Cristo, no por obras de justicia que podamos hacer. Hemos sido hechos justos, puros y santos ante Dios, por medio de la

obra consumada de Cristo, no por nuestro comportamiento. Ha sido Cristo, quien nos ha liberado del poder del pecado, no el cumplimiento de las restricciones personales.

El evangelio del Reino, solo se vive por gracia. Esto implica que nuestras obras, son el resultado de lo que somos, y nunca debemos hacerlas para llegar a ser. La naturaleza siempre es la que determina el resultado. Es decir, por causa de que somos santos y verdaderos hijos de Dios, nos comportamos con integridad y justicia. Nunca al revés.

Cuando le tenemos miedo al mundo, cuando pensamos que relacionarnos con el sistema nos contamina, cuando vemos al diablo por todos lados, cuando parecemos gente temerosa de todo, que evita contaminarse de los supuestos pecadores mundanos, no estamos viviendo como nos enseñó Jesús. La Iglesia, durante décadas, se puso esos vestidos baratos, hechos con retazos de oferta. La sociedad no nos observó como a gente pobre, sino más bien, como a pobre gente llena de temor.

No hemos terminado, hay mucho por hacer, pero en general, ya nos hemos quitado muchos de esos ropajes religiosos de legalismo evangélico. Solo debemos encontrar el equilibrio, y tomar el ejemplo de Jesús, porque Él lucía normal ante la gente, los niños querían estar con Él, los jóvenes lo seguían, la gente toda lo buscaba, y lo llamaron amigo de pecadores. En algún lado, perdimos el título que Él ganó, y deberíamos recuperarlo.

Pero remarco algo, que debemos tener muy en cuenta: “Él nunca pecó”. Es decir, estuvo en casamientos, comió mucho, se divirtió, tomó vino y se juntó con toda clase de gente, pero nunca pecó. No cuestionaba a nadie, no los hacía sentir mal, pero su sola presencia, hizo que varias personas cayeran a sus pies arrepentidas. Nunca jamás mostró temor al diablo, ni evitó ir a ciertos lugares por temor a la presencia de demonios, simplemente fue un hombre ungido, dirigido por la voluntad del Padre y empoderado por el Espíritu Santo.

Nosotros vivimos en Él, somos Su cuerpo, tenemos plena comunión con el Padre y estamos empoderados al igual que Él. No debemos tener temor de manifestar nuestra libertad. Eso no implica caer en libertinaje, no debemos tener temor del mundo, porque al mundo fuimos encomendados, y no debemos ponernos los vestidos equivocados, porque la sociedad no podrá reconocer a quién realmente representamos.

***“Me asombra que tan pronto estén dejando ustedes a quien los llamó por la gracia de Cristo, para pasarse a otro evangelio. No es que haya otro evangelio, sino que ciertos individuos están sembrando confusión entre ustedes y quieren tergiversar el evangelio de Cristo...”***

Gálatas 1:6 y 7

***“Si alguien ha de gloriarse, que se gloríe en el Señor”***

1 Corintios 1:31

## Capítulo seis

# RENOVANDO EL VESTUARIO

***“Por lo tanto, ustedes ya no son extraños ni extranjeros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas, siendo Cristo Jesús mismo la piedra angular. En él todo el edificio, bien armado, se va levantando para llegar a ser un templo santo en el Señor”.***

Efesios 2:19 al 21 NVI

Con unos pocos años en el ministerio, y en medio de tantas estructuras que comenzaban a romperse, llegó a la Iglesia, en ese tiempo, un mensaje diferente, un mensaje que le daba nuevo sentido a todas las cosas. Ciertamente, era lo que estábamos necesitando.

Un mensaje que fue absolutamente cuestionado por la mayoría, pero que en mi opinión tenía una lógica incuestionable. Tal vez la falta de ciertas estructuras en mi formación me permitieron abrazarlo rápidamente, pero por sobre todo, lo que me abrió el corazón para recibirlo, fue que

mi espíritu vibraba como nunca antes, con esas palabras llamadas apostólicas.

La mayoría consideraba al ministerio apostólico, como algo que ya había terminado, que en su momento había sido ejercido por los doce del Cordero, y que luego, excepto por la inclusión de Pablo, no hubo otros apóstoles, pero personalmente no veía forma de sostener eso históricamente, porque tampoco veía al apostolado como nuevos cargos ministeriales, sino como una función necesaria de cara a los diseños de Dios para la Iglesia.

El evangelio del Nuevo Pacto, interpretado bajo una mentalidad apostólica, comenzó a desvestir a la Iglesia de esas vestiduras de religiosidad barata, y la fue llevando a cubrirse con un manto apostólico, que le dio un nuevo sentido de propósito y de penetración social.

Ese nuevo tiempo no solo trajo la restauración del mensaje apostólico, sino también la restauración de las funciones bien marcadas por los cinco dones ministeriales mencionados en **Efesios 4:11**. Cómo era de esperarse, la recuperación de esos dones ministeriales también trajo aparejada la infiltración de mensajes confusos y de falsos nombramientos. Lo cual no descalifica el diseño; por el contrario, si no hubiera sido importante, nunca se hubiese infiltrado lo falso.

En realidad, eso no pudo frenar el movimiento de recuperación apostólica, porque ciertamente venía de Dios, y

cuando eso ocurre, lo falso también se manifiesta, pero sin la capacidad de anular lo verdadero. Por el contrario, creo que lo ratifica. Yo no creo que nadie en su sano juicio falsifique un billete de mil trescientos pesos, porque dicho billete no existe, nadie lo recibiría, sería casi como algo gracioso, que no preocuparía a nadie.

Para que un billete falso pueda infiltrarse en el mercado, tiene que haber previamente uno verdadero, y eso es lo que creo que ocurrió con el movimiento de recuperación apostólica. Hoy en día, hay falsos apóstoles, justamente porque existen los verdaderos.

Además, sin mala intención, y sin comprender lo que implicaba la restauración apostólica, hubo pastores que por tener un par de obras, se consideraron así mismos como apóstoles, solicitaron el reconocimiento a sus autoridades, y desde entonces, tenemos un montón de instituciones que se consideran apostólicas, y un montón de apóstoles que en realidad, no tienen ese llamado divino.

Algunas de esas instituciones, para honrar a ciertos pastores con muchos años de ministerio, los ungieron como apóstoles. Otros fueron nombrados porque ellos mismos presionaron a sus autoridades, presentando las firmas de los miembros de su congregación. En realidad, nada de eso debe determinar el nombramiento de un verdadero apóstol. El único que tiene la autoridad para establecer a una persona, en cualquier función ministerial, es el Señor. Todo lo demás son agregados carnales que solo generan inconvenientes.

Lamentablemente, en los comienzos de la recuperación apostólica de esos años, muchos adoptaron el lenguaje renovado, antes de recibir la revelación de lo que realmente implicaba la reforma, y eso tampoco le hizo muy bien a la Iglesia. Muchos comenzaron a utilizar el lenguaje apostólico, los dichos proféticos, las canciones de avance, pero lo hicieron sin un verdadero cambio de mentalidad. Eso ocurrió, porque muchas de estas cosas no nacieron del Espíritu Santo, sino desde una buena intención de cambio. Al final, eso fue como cambiar algunas prendas, sin quitar primero las viejas vestiduras.

El diseño apostólico no fue una moda, no fue un movimiento generado en los años ochenta para producir algunos cambios, es un diseño que tiene algo más de dos mil años de antigüedad. La Iglesia nació apostólica y profética. El hecho de que haya tenido que vivir algunos siglos muy oscuros, en los que se vistió incorrectamente, no le significó la pérdida de su esencia.

La Iglesia comenzó apostólica, y nunca debió pervertir esa genética; sin embargo, a su tiempo, el Señor volvió todo a su cauce normal, porque la mano del hombre no podrá jamás frustrar su propósito eterno. Por lo tanto, en esos días de cuestionadas reformas, la Iglesia comenzó a lucir algunos mantos que, para mal de algunos, le sentaron muy bien.

Reitero este concepto muy importante: la reforma producida para la recuperación apostólica no se produjo con la intención de establecer nuevos fundamentos, sino que

recuperó y reinterpretó correctamente los fundamentos de la Iglesia pionera. Algunos cuestionan la existencia de apóstoles en la actualidad, afincados en la idea de que no se pueden establecer nuevos fundamentos, después de más de dos mil años de historia. Lo cual es muy lógico, los apóstoles de hoy no establecen nuevos fundamentos, solo tienen la capacidad legal para interpretar correctamente los viejos fundamentos.

Es evidente que los pastores interpretaron las cartas de Pablo, convirtiéndolas en cartas pastorales, cuando todos sabemos que Pablo era un apóstol, y que las cartas que escribió fueron apostólicas. Es por esto que necesitamos verdaderos apóstoles, que comprendan claramente su asignación, interpretando y transmitiendo correctamente los diseños divinos.

***“Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús.”***

Hebreos 3:1

La palabra apóstol en el griego es la palabra **“Apóstolos”**, que significa delegado, embajador, oficialmente comisionado, enviado, enviar, mensajero. Entonces, si un apóstol es uno que es enviado, no podemos dudar de que el Padre envió al Hijo (**Juan 4:34**), y de que el Hijo envió a la Iglesia a realizar una tarea (**Mateo 28:19 y 20**).

Claramente, Jesús hizo una declaración reveladora antes de terminar su tarea en la tierra. Les dijo a sus amados discípulos y a través de ellos a nosotros: **“Como me envió el Padre, así también yo os envió” (Juan 20:21)**. Por más estructuras que la Iglesia haya sufrido con el tiempo, nunca dejó de reconocerse la gran comisión. El señor nos **“envió”**, y quien crea esto, no puede negar que la Iglesia es apostólica.

El problema fue que detrás de la renovación apostólica había una consideración de cargos, de jerarquías institucionales, y de ambiciones ministeriales. Eso nunca debió ser así, porque el apostolado nada tiene que ver con un cargo de mayor jerarquía o autoridad. El apóstol solo cumple una función, y no está sobre los demás, sino debajo. Cuando esto no se comprendió correctamente, muchos se apuraron a reclamar un reconocimiento, y otros, por el mismo motivo, rechazaron de plano toda posibilidad.

Evidentemente, el que pensó que un apóstol es el que tiene el cargo más elevado, no entendió nada las enseñanzas de Jesús, ni lo que la Iglesia estaba necesitando. La iglesia nunca debió tener un diseño piramidal o descendente, como lo tienen las naciones de la tierra, donde los gobernantes se enseñorean del pueblo, o están por sobre ellos. La iglesia fue creada con un diseño cuyos fundamentos son “el servicio”. Desde el primer siglo, y hasta nuestros días, el mayor debe comportarse como el menor, y el que manda como el que sirve (**Lucas 22:26 y 27**).

Si tan solo podemos avivar y mantener la pasión de manera sostenida, alcanzaremos la plenitud que tanto anhela el Señor que alcancemos. Analizar la historia sirve de mucho, porque podemos observar, de qué manera, a lo largo de los siglos, la Iglesia se fue poniendo todos esos vestidos raros, y cómo, a pesar de tantas intervenciones humanas, nada ha podido cambiar su verdadera esencia.

Notemos que hay gente que se viste bien, y gente que se viste mal, eso indudablemente genera una apariencia que puede ser importante de cara a la sociedad, pero desnudos, todos somos lo que somos. La Iglesia es igual, en muchas ocasiones ha lucido vestidos inapropiados, feos o baratos, pero en realidad, desnuda es preciosa, solo debería ser revestida de la gloria del Señor, ningún otro vestido es digno de ella.

Si bien la Iglesia, en buena medida, ha recuperado la interpretación y el mensaje apostólico, también debemos reconocer que hay muchos ministros y muchas obras que Dios nunca estableció. Eso dificulta la manifestación de una iglesia plena en el diseño de Dios, porque esos vestidos tampoco sirven, ya que parecen divinos, pero en realidad no son más que simples disfraces.

Si vamos al caso, la iglesia católica también se dice apostólica; sin embargo, lo hacen porque se consideran universales, y con el fundamento apostólico de los doce del Cordero. En nuestro caso, debemos comprender que no somos apostólicos solamente porque creemos que existieron

los apóstoles, sino porque interpretamos correctamente los fundamentos apostólicos, y porque además funcionamos con apóstoles verdaderos, capaces de evaluar correctamente el panorama global.

La Iglesia apostólica debe desarrollar su dinámica a través de equipos, y no a través de individualidades. Es muy peligroso poner la autoridad completa en manos de un solo ministro, la tarea es corporativa. Pocos hombres han podido manejar su llamamiento, cuando no han comprendido la importancia de trabajar corporativamente.

Lamentablemente, muchos que se dicen apóstoles, aprovechan su apostolado para gobernar por sobre otros ministros y hermanos, sin que sus decisiones sean evaluadas por nadie, y eso está muy mal, porque todos debemos operar bajo autoridad, incluso los apóstoles.

Por otra parte, todos sabemos que se han levantado algunos apóstoles, que tienen mega iglesias, y lamentablemente, algunos de ellos, creen que son superiores a todos los demás. Ellos tienen a muchos pastores bajo su cobertura, y les exigen trabajar utilizando todos sus métodos y sus materiales. Buscan la sumisión total, pero ellos no se someten a la dirección, ni a la corrección de nadie.

El Señor, que conoce muy bien el corazón humano, ha sabido repartir la autoridad de la iglesia local, entre los dones de ascensión y el presbiterio profético. Esto proporciona un balance en el poder, bajo la dirección del Espíritu Santo. Si

buscamos dirección con humildad, Dios nunca se negará a conducirnos por la senda de su voluntad, solo debemos preguntar, antes de tomar nuestras propias decisiones, y para eso debemos trabajar en equipos. Jesús dijo:

***“Pero cuando el Espíritu de verdad, venga, os guiará a toda la verdad, porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oiga, y os hará saber lo que habrá de venir”.***

Juan 16:13

Muchos líderes, aún hoy en día, están haciendo la transición de sus funciones de una mentalidad pastoral a una mentalidad apostólica y global. Muchos líderes están comenzando a entender sus verdaderos llamados, y deben ir por ellos sin temor. No importa si las instituciones a las que pertenecen, reconocen o no a los apóstoles, solo deben operar en lo que Dios dice que son, y para eso no se necesita un carnet.

La Iglesia solo debe ser revestida de la voluntad divina. Este reordenamiento no significa, bajo ningún punto de vista, que todos los pastores que son efectivos en sus funciones, son promovidos a ser apóstoles. Lo que debemos hacer, es trabajar bajo los lineamientos de una iglesia con mentalidad de Reino, haciendo cada uno, solamente lo que Dios ha determinado y punto.

Este es el tiempo en que Dios está restaurando la dimensión apostólica en las Naciones. Esta es una dimensión

dentro de la cual la iglesia recupera su protagonismo primitivo para cumplir así el mandato del Señor.

Para que la Unción o dimensión apostólica se manifieste con plenitud en las iglesias de hoy, debemos estar en el tiempo correcto, en el lugar correcto y en el fluir del ministerio correcto. Esto es necesario, porque una iglesia con mentalidad de Reino, debe entender y poner por obra, solo la perfecta voluntad de Dios.

Podemos decir que bajo un renovado vestuario apostólico las iglesias comenzaron a romper esas viejas estructuras de religiosidad y legalismo, pero si alguien pensó que con eso alcanzaba, es porque no ha comprendido lo que ciertamente necesitamos. En estos tiempos, los hombres debemos pasar a un segundo plano. El impulso del humanismo debe desaparecer de la plataforma ministerial, y se debe abrir el campo para la revelación de la Palabra de Dios y el mover del Espíritu Santo.

La iglesia apostólica verdadera de estos tiempos encontrará el equilibrio espiritual, volverá a los lineamientos de los padres apostólicos, recobrará los fundamentos correctos, avanzará hacia la consumación de su propósito y lo hará sin un mensaje humanista y mentiroso.

La misión del Espíritu Santo es la de edificar los designios del Padre en Su Iglesia. De esta forma, se dará a conocer la gloria del Señor a todas las Naciones. La restauración del gobierno apostólico en la iglesia, derribará

el imperio babilónico que ha gobernado a las naciones, pero lo hará, solo si logramos introducirnos en las verdaderas dimensiones del Reino.

La Iglesia debe compartir el mensaje del evangelio del Reino, y manifestar su compromiso con el mundo. Este compromiso se manifiesta por medio del sacerdocio universal de todos los creyentes (**1 Pedro 2:9**) y por el envío de hijos ungidos, equipados y preparados, para penetrar el sistema reinante hasta la venida del Señor Jesucristo.

*“Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios. Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén”.*

1Pedro 4:10 y 11



## Capítulo siete

# CUBIERTA DE MANTOS PROFÉTICOS

*“Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular. Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas. ¿Son todos apóstoles? ¿Son todos profetas? ¿Todos maestros? ¿Hacen todos milagros? ¿Tienen todos dones de sanidad? ¿Hablan todos lenguas? ¿Interpretan todos? Procurad, pues, los dones mejores...”*

1Corintios 12:27 al 31

Nadie duda de la existencia de los ministerios proféticos del Antiguo Testamento, pero extrañamente muchos desconocen a los profetas del Nuevo Pacto. Como vemos, Pablo los reconocía, así como a los apóstoles o la manifestación de los dones espirituales. Tristemente, las estructuras institucionales, fueron apagando todo eso, al menos hasta las nuevas reformas apostólicas que comenzaron a producirse a principio de los años ochenta.

La recuperación del ministerio profético es clave, porque si deseamos recibir dirección para ser impulsados conforme a la voluntad de Dios, necesitamos que Dios nos hable claramente. Es decir, de manera personal, no nos debe resultar fundamental el ministerio del profeta, porque todos tenemos al Espíritu Santo, y la posibilidad de buscar la dirección divina.

Con esto, no quiero decir que no podamos recibir una palabra profética, sino que no necesitamos que sea así. De hecho, creo que recibir una palabra personal, debe ser más para confirmar lo que Dios nos ha dicho, que para encontrar misteriosos caminos espirituales. Sin embargo, sí creo que la Iglesia, como cuerpo de Cristo, necesita de la voz profética, para avanzar, implementar o corregir el rumbo en todo tiempo.

Yo he visitado a Iglesias en algún momento, que me han confesado no creer en el ministerio profético, pero al mismo tiempo, me han dicho estar buscando dirección divina. La Iglesia necesita funcionar conforme a su diseño, y así como nació apostólica, también nació profética. El problema, como siempre, surge cuando lo que no es verdad se filtra causando descrédito.

Si la Iglesia, o al menos el liderazgo, operara bajo discernimiento espiritual, no tendría que tener temor de recibir un cambio, ni de ser engañados en el proceso, pero lamentablemente es más fácil operar bajo un espíritu de sospecha que bajo discernimiento espiritual. Entonces,

surgen los despiadados detractores, descalificando todo por las dudas.

Hay un popular ejemplo, que nos ayudará a comprender esto: Cuando un bebé ensucia su pañal, es necesario cambiarlo, dejarlo en esa condición, no solo sería de un gran descuido, sino que además, le podría provocar daños en su piel y en su salud. Aunque cambiarlo, no sea un acto muy agradable, es necesario hacerlo. La idea es retirarle el pañal sucio y ponerle uno limpio, ya que a nadie se le ocurriría tirar al bebé junto con el pañal, tan solo porque estaba sucio.

Lo mismo ocurre con todo lo que Dios ha determinado como diseño de la Iglesia. Siempre que exista lo verdadero, lo falso vendrá para desacreditarlo. Cuando encontramos algo falso, debemos tirarlo como pañal sucio, pero no debemos desechar el cambio. Si algo es de Dios es bueno, solo debemos cuidar que no se filtre el enemigo.

Nadie tiene dudas que la predicación de la Palabra, es parte fundamental en el desarrollo de la Iglesia, sin embargo, todos sabemos que hay muchos falsos ministros que predicán la Palabra, y que incluso lo hacen manipulando y mintiendo. La idea no sería descalificar el ministerio de la Palabra, sino discernir correctamente lo falso y desecharlo.

Nadie duda de que los milagros son parte fundamental de la vida de la Iglesia, sin embargo, también sabemos que hay falsas unciones, y quienes manipulan a los hermanos

creando falsos milagros, pero bajo ningún punto de vista, lo falso debe ser motivo como para desechar lo verdadero, tal como algunos hacen.

En **Hechos 16:16 al 28**, encontramos que Pablo fue seguido por una muchacha que gritaba públicamente: *“¡Estos hombres trabajan para el Dios Altísimo, y han venido a decirles que Dios puede salvarlos!”* La muchacha hizo eso durante varios días, y ciertamente gritaba algo correcto, pero Pablo no la confundió con una profeta, ni la invitó a trabajar con él, sino que operando bajo discernimiento espiritual, identificó a un espíritu de adivinación operando en ella y la liberó.

Los ministros y líderes de la Iglesia, así como todo hermano maduro, debe operar con discernimiento espiritual y bajo la guía del Espíritu Santo, no debe tener temor, ni debe aceptar cualquier cosa, sin comprobar su legitimidad, así como tampoco debe rechazar nada, sin que sea Dios quién le advierta de la falsedad.

Quienes buscan todas las respuestas en la teología, sin depender del Espíritu Santo, aunque puedan ser ministros o líderes, evidencian grandes carencias en sus vidas espirituales. Generalmente, quienes actúan así, se vuelven juzgadores y temerosos de todo, por lo cual, en lugar de discernir todo lo que ven, prefieren rechazarlo violentamente. Lo mismo hicieron los religiosos que estaban estudiando en la sinagoga, cuando Jesús se manifestó como el Mesías. En

lugar de orar y operar con discernimiento, optaron por matarlo.

La Iglesia de hoy, no debe ignorar a los profetas, ni a los comunicadores proféticos, solo debe aprender a escuchar al Espíritu Santo, debe aprender a pedir su dirección, discernimiento y aprobación. Ciertamente, el Señor abrirá canales para conducirnos, solo debemos tener cuidado de no aceptar cualquier canal, así como de no apagar la voz profética.

***“No alejen de ustedes al Espíritu Santo. Y si él les da la capacidad de profetizar, no lo desprecien. Pónganlo todo a prueba, pero quédense nada más con lo bueno, y rechacen todo lo malo...”***

1 Tesalonicenses 5:19 al 22 BLS

Lamentablemente, el exagerado movimiento generado por lo profético, los eventos, las escuelas y el vanidoso deseo de miles de voces que se dijeron proféticas, provocaron la confusión de muchos cristianos. Esto solo puso un manto sobre la Iglesia, y muchos coincidieron en que con ese manto lucía hermosa y al mismo tiempo poderoso, pero tristemente el exceso de colores, terminó pervirtiendo su apariencia.

Por un lado, muchos hermanos quedaron atrapados en el sensacionalismo de las palabras proféticas amparadas por el llamado movimiento de fe. Por otro lado, muchos hermanos terminaron dudando de la profecía por completo y

desacreditando absolutamente todo; por otro lado, hay muchos otros desorientados, que no saben ni qué creer.

Lo primero que debemos considerar es que Pablo reconoce que hay profetas en la Iglesia. En **Efesios 4:11 al 13**, Pablo menciona el oficio de profeta en la iglesia. Y no solo eso, sino que Pablo describe además el don de profecía en **1 Corintios 12:10**. De hecho, el don de profecía se menciona más que cualquiera de los otros dones espirituales. Puedes encontrarlo en estos pasajes: **Romanos 12:6; 1 Corintios 12:27 al 29; 13:1 al 3, 8; 14:6**.

Dicho esto, es vital entender que el oficio de profeta en los tiempos modernos no es el mismo que el de los profetas del Antiguo Testamento. Antes de que Jesús viniera a la tierra, Dios levantó a los profetas como líderes nacionales que hablaban con especificidad, y con total exactitud en sus profecías, porque eran tomados por el Espíritu de Dios, no operaban como hoy en día bajo una dinámica absolutamente diferente (**Deuteronomio 18:20 al 22; Jeremías 23:28**).

Dios utiliza a sus profetas actuales de manera diferente a como lo hizo con Samuel, Daniel e Isaías. El escritor de Hebreos lo aclara cuando abre su carta con estas palabras: *“Dios, habiendo hablado hace mucho tiempo, en muchas ocasiones y de muchas maneras a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por Su Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas, por medio de quien hizo también el universo”* (Hebreos 1:1 y 2 LBLA).

La función principal de un profeta, hoy en día, es edificar, exhortar y consolar a la Iglesia (**1 Corintios 14:3**). Sin embargo, eso no significa que la profecía predictiva no se ejerza entre algunos profetas de Dios. Como Agabo que anunció a Pablo lo que acontecería (**Hechos 11:27 y 28**). Hay ocasiones en que un profeta dará una palabra profética de Dios sobre el futuro, pero no es lo que debemos buscar cómo hacen los impíos con los adivinos.

Tampoco debemos buscar en los profetas nuevas revelaciones, y mucho menos, generar doctrinas basadas en sus supuestas experiencias o visiones sobrenaturales. Lamentablemente, muchos profetas se subieron a plataformas multitudinarias, y llegaron a creer que eran famosos ungidos, que debían ser complacidos como estrellas de rock and roll.

En el tren de elevar la fama y el prestigio, soltaron muchas palabras que ciertamente conmovieron al pueblo, pero que al final no se cumplieron. Lo único que generaron con ese orgullo ministerial, fue descrédito hacia lo profético. Incluso utilizaron los medios masivos de comunicación, para soltar palabras que nunca se cumplieron, causando mucho mal.

Cada año publican sus agendas proféticas, pero la verdad es que su contenido nunca es concreto, ni fácilmente comprobable. Dicen tantas cosas sobre el mundo entero, que no hay forma de evaluar sus palabras. De hecho, en el año

que la pandemia paralizó al mundo, en las agendas proféticas habían vaticinado todo lo contrario.

No es que lo profético no exista, y no es que no haya verdaderos profetas, pero los necesitamos en la presencia de Dios, no en los eventos evangelísticos, o en los multitudinarios congresos, entreteniéndole gente. Los necesitamos conectados con Dios y con el liderazgo, para bajar exhortaciones claras que ayuden a las reformas necesarias en este tiempo.

También necesitamos que se muevan con humildad, no como si fueran estrellas de Hollywood, y necesitamos que todos aquellos que desean ser profetas, pero que no lo son, se hagan a un lado por amor y por temor a Jesucristo nuestro Señor. Hay que sacar los mantos proféticos que se pusieron sobre la Iglesia, considerando que la harían más poderosa y sobrenatural.

La Iglesia no necesita eso, la Iglesia tiene fundamentos apostólicos y proféticos, pero sus vestiduras no son esas. Debemos desnudarla como eunucos, capaces de servirla sin servirnos de ella, debemos saber que es la amada del Señor y que no tenemos derecho de disfrazarla. Quitémosle los ropajes humanos, los mantos y los vestidos. Solo hagamos lo bueno con humildad y el Señor la vestirá de lino fino, limpio y resplandeciente.

No falta mucho para Su gloriosa venida, y debemos estar listos, haciendo nada más que lo correcto, y entonces la

gloria cubrirá la Iglesia, y el Amado la verá tal como desea verla, sin mancha y sin arrugas.

***“Alegrémonos, llenémonos de gozo y alabémoslo, porque ha llegado el día de la boda del Cordero. Ya está lista su esposa, la cual es la iglesia; Dios la ha vestido de lino fino, limpio y brillante. Ese lino fino representa el bien que hace el pueblo de Dios”.***

Apocalipsis 19:7 y 8 BLS



## Capítulo ocho

# VESTIDA DE REINA

*“Entonces tu luz despuntará como la aurora, y tu recuperación brotará con rapidez; delante de ti irá tu justicia; y la gloria del Señor será tu retaguardia”.*

Isaías 58:8

En el diseño divino, la Iglesia no es una institución religiosa, no es un edificio, ni un grupo de personas, es el cuerpo de Cristo. Sus dones, capacidades, virtudes y frutos se manifiestan a través de todos los que hemos sido regenerados por Su gracia. Todo lo que la Iglesia tiene y todo lo que la Iglesia es, procede completamente de Cristo. No funciona por causa del elemento humano, pero lo hace a través de él.

Así como para la redención, nadie pudo ofrecer nada por la libertad, tampoco nadie tiene nada que ofrecer para la expresión del cuerpo, excepto la dependencia total. Nada que no provenga del Nuevo Hombre puede agradar al Padre. Aun así, y a pesar de que nuestra justicia es como un trapo de inmundicia (**Isaías 64:6**), Él nos reviste de Cristo, nos hace

justos y santos en Él. Nos empodera en su persona y nos envía al sistema, para manifestar su luz hasta lo último de la tierra.

Al revisar la historia de la Iglesia, aun de manera superficial, tal como lo hemos hecho en este material, vemos que todo lo que ha generado desviaciones pecaminosas, provino de la intervención humana. Cada vez que los hombres se han creído con el derecho de gobernar los diseños de la Iglesia, controlando doctrinas, estableciendo métodos, o poniendo estructuras, ha generado retrasos o divisiones.

Pero también debo decir, que más allá de todo lo que haga el hombre, nada puede arruinar el plan de Dios, simplemente puede retrasarlo, pero no cancelarlo, porque el Señor ya dijo cómo terminará todo, y eso no puede ser cambiado. Él no cancela planes, solo espera generaciones que lo honren y le obedezcan para consumir su propósito.

De todas maneras, estamos muy cerca de los tiempos finales, porque todo está cambiando de manera muy vertiginosa, y las demandas contra la Iglesia se han intensificado. Sin duda es tiempo de volvernos a Dios en humildad, rindiéndonos a Su voluntad, devolviéndole el gobierno absoluto al Espíritu Santo, gobierno que, por cierto, siempre debimos respetar.

Cualquier persona puede ser creyente, porque todos creen en algo, de hecho los demonios creen y tiemblan, pero son demonios (**Santiago 2:19**). No hay virtud alguna en creer de manera natural. La Iglesia fue creada en Cristo y tiene su

esencia. Nada puede ser parte de ella si no salió de Cristo mismo. No somos personas que, por haber creído, pasamos a formar parte de la membresía de una congregación, sino que participamos de la Iglesia por causa de la regeneración recibida por la gracia.

Eva llegó a ser una con Adán, porque había salido de Él. La Iglesia no puede manifestar la unidad absoluta con Cristo, ni ser la ayuda idónea, si no prioriza su pureza. La Iglesia se vuelve impura cuando permite que el elemento humano, tome un protagonismo que no le ha sido asignado previamente por Dios.

Los hombres nunca recibimos el derecho legal de poner sobre la iglesia ninguna vestidura. Es tiempo de quitar todo lo que alguna vez hemos agregado y dejar que Dios, muestre al mundo la Iglesia que Él desea mostrar. Una Iglesia pura y verdaderamente gloriosa.

***“Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha”.***

Efesios 5:25 al 27

Dios no pretende utilizar nuestra vieja naturaleza para edificar al Nuevo Hombre, por eso nos manda despojarnos de él (**Efesios 4:22**). Él no está pidiendo nuestra colaboración para edificar Su Iglesia, no necesita de nuestra sabiduría

intelectual para diseñar estrategias, ni de nuestras capacidades para manifestarlas, solo nos pide que dejemos fluir lo que Él mismo nos ha concedido por Su vida.

El Señor no utiliza lo carnal para producir algo espiritual. Todas las estructuras judías, gentiles, religiosas, legalistas, institucionales o incluso renovadas, que no provengan de la dirección divina, solo son un estorbo para el normal desarrollo de la Iglesia. Es por eso que hemos tenido tantos retrasos y tantos trastornos a lo largo de los siglos. Es hora de cambiar eso a través de una reforma verdadera, impulsada solo por la dirección del Señor.

Para esto, creo que es fundamental que todos los ministros del evangelio, tengamos a bien un compromiso mayor en alcanzar y sostener una profunda comunión con el Espíritu Santo. Para lograrlo, será necesario dejar de lado muchas asignaciones que no nos han sido impuestas por el Señor, sino por las instituciones y la misma gente. Esas que asumimos como si fueran el deber del ministerio, pero que, en realidad, nos han llenado de activismo, perdiendo lo más importante que es la intimidad con Dios.

Si todos los ministros, pasáramos más tiempo con Dios que con las actividades de la Iglesia, podríamos ser corregidos, dirigidos y empoderados para producir las reformas que Dios desea revelarnos. Hemos sido absorbidos por el activismo ministerial, y por las demandas de la gente. Debemos observar atentamente los movimientos de Jesús,

porque ahí está la clave de los cambios que debemos implementar.

Él tenía una sensibilidad espiritual, que ninguno de nosotros tiene, porque Jesús tenía un corazón absolutamente puro, Él no portaba una naturaleza de pecado, ni lidiaba con los conflictos del alma. Él era absolutamente puro y sensible a la dirección del Espíritu Santo, aun así, no descuidaba su tiempo de intimidad con el Padre. Él se apartaba de todos y buscaba momentos de profunda soledad para hablar con el Padre.

Sus discípulos lo buscaban, las multitudes le seguían a todos lados, y las demandas eran continuas. Todos querían enseñanzas, milagros, sanidades, liberaciones o incluso comida. Todos demandaban algo de Él. Sin embargo, Él no iba a todos lados, no hacía todo, no tocaba a todos, sino que se limitaba a poner por obra, únicamente la voluntad del Padre.

Por ejemplo, en el estanque de Betesda, había un montón de enfermos que se acercaban al agua del estanque para ser sanados, pero Jesús solo sanó a un parálítico que hacía treinta y ocho años que estaba postrado. Jesús podría haberse parado en el borde de ese estanque y predicar el evangelio, gritando con todas sus fuerzas y soltando sanidad sobre todos y cada uno de los enfermos del lugar, pero Él no hizo eso, solo sanó a un enfermo (**Juan 5:1 al 8**).

Cuando le avisaron que Lázaro había muerto, Jesús fue al cementerio y ante la vista de toda la gente, podría haber resucitado a varios muertos, pero no lo hizo, solo resucitó a Lázaro. De hecho, este hombre llevaba muerto cuatro días, es muy probable que en esos cuatro días hubiera varios fallecidos. Jesús podría haber resucitado a esos que habían muerto recientemente. Sin embargo, no lo hizo, solo resucitó a Lázaro (**Juan 11:38 al 44**).

Lo que quiero decir, es que los líderes de la Iglesia, y fundamentalmente los pastores, están absolutamente sobrecargados, haciendo un montón de cosas que ni Dios les ha dicho que deben hacer. Hay una gran cantidad de pastores que están enfermos, con problemas de estrés, diabetes, úlceras estomacales, problemas de presión, problemas cardíacos, y todo tipo de mal, producidos por los nervios, las presiones y el exceso de actividades ministeriales.

Sinceramente, creo que todos los pastores, ministros y todos los líderes, debemos volvernos a la fuente de nuestra sabiduría y nuestro poder. Es tiempo de renunciar a cargos y posiciones que Dios no nos asignó, es tiempo de cerrar obras que Dios no abrió, y abrir aquellas que hemos postergado. Es necesario que cada uno ocupe su lugar y su llamado, a la vez que debemos buscar solamente, hacer la voluntad del Padre.

***“Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra...”***

Mateo 6:9 y 10

Jesús lo enseñó de manera tan simple, pero tan profunda, que nos superó totalmente. Este código fundamental del Reino, se convirtió en el famoso “Padre nuestro”, una oración sencilla, que para muchos es un rezo aprendido desde la infancia, y para otros, es como un mantra de fe que suelen repetir incansablemente. En realidad, por causa de esa utilización indiscriminada, se nos escapó su verdadero sentido.

En una ocasión estaba mirando una película, en la cual, durante más de cuarenta años, habían permanecido perdidos un par de diamantes. Todos lo buscaron y nadie jamás había podido encontrarlo, hasta que un niño descubrió que unas pequeñas piedras de vidrio, habían sido quitadas de una lámpara colgante, y habían sido remplazadas por los diamantes.

Es decir, durante todos esos años, los diamantes estuvieron a la vista de todos, pero nadie los encontró, porque estaban tan expuestos que nadie consideró seriamente una posibilidad semejante. Creo que en el caso del Padre nuestro ocurrió lo mismo. Es tan conocido y repetido por todos, que no llegamos a ver la profundidad y las riquezas que contiene.

Estas palabras de Jesús, son mucho más que una pequeña oración. Es la clave para una vida de Reino efectiva. En primer lugar, debemos dimensionar lo que implica que Jesús dijera Padre nuestro y no Padre mío. Es decir, si los cristianos tan solo hubieran entendido esto históricamente, la Iglesia nunca se habría dividido tanto y de manera tan cruel.

En segundo lugar, el Padre está en los cielos y nosotros en la tierra, por eso es fundamental que busquemos una profunda y constante dependencia con el Espíritu Santo, porque Él está en nosotros para guiarnos (**Romanos 8:14**). Él vivifica la Palabra para que recibamos verdadera luz, y nos conecta con el Padre para recibir sus directivas en todo tiempo. No debemos tomar decisiones sin su autorización. Es tan simple como eso, si las autoridades de la Iglesia hubieran hecho eso, jamás se habrían generado tantas desviaciones, y la Iglesia jamás habría lucido esos perversos ropajes que tristemente le pusieron una y otra vez.

*“Hágase Tu voluntad”*, es tan simple, pero tan profundo, que lo decimos sin llegar a comprender sus verdaderas dimensiones. No debemos decir, hágase Tu voluntad, y luego tomar nuestras propias decisiones. *“Hágase”* nos compromete; tal expresión tampoco se sostiene en pasividad. La fe debe ser gestionada, pero sobre la base de la voluntad de Dios, no sobre nuestros deseos.

Si el liderazgo general de la Iglesia, comprendiera lo importante que es trabajar sobre los diseños divinos, respetando temerosamente la voluntad del Padre, no habría un montón de doctrinas provocando divisiones, no habría obras, ni ministerios, ni métodos, ni eventos que Dios nunca mandó, y que solo disfrazan la verdadera expresión de la Iglesia ante la sociedad.

Cuando estudiamos la historia de la Iglesia, nos resulta fácil ver la gran cantidad de intervenciones humanas que solo

lograron pervertir la expresión del verdadero evangelio del Reino, pero no debemos ignorar que, en este tiempo, los responsables somos nosotros.

Tal vez los hombres y mujeres del pasado, no pudieron dimensionar lo trascendentales que fueron sus decisiones. Hoy las vemos como parte de la historia, pero nuestros hechos de hoy, también serán parte de la historia en el mañana. Todo lo que hacemos es trascendental, para bien o para mal. Es por eso que estamos ante una gran oportunidad.

Atrevámonos a cambiar la historia, como reformadores de este siglo. (Les recomiendo leer mi libro titulado “Poder de Reforma”). Hallar el motivo de la falta de plenitud, que Pablo menciona en **Efesios 1:23**, nos debe motivar y nos debe generar incomodidad. Debemos buscar aquellos paradigmas que nos han impedido avanzar y derribarlos de una buena vez (**2 Corintios 10:5**).

Cuando enseño sobre la reforma, lo que estoy considerando, es sumergirnos en la esencia primaria de la Palabra. Es redescubrir los fundamentos que no se han respetado y edificar sobre ellos. La Iglesia no necesita reformas para ser novedosa y encajar adecuadamente en esta generación, sino que necesita reformas para volver al diseño original determinado por el Padre.

La palabra reforma, en griego, es la palabra “*Diórdosis*” y significa, nada más y nada menos, que volver a la forma. Con esto, quiero que quede bien claro, que no

consideraría jamás, la posibilidad de poner nuevos fundamentos. Como expliqué anteriormente, los ministros de hoy, no estamos para poner nuevos fundamentos, sino para interpretar correctamente los diseños establecidos por Dios y ponerlos por obra.

Un fundamento es un cimiento y eso ya ha sido establecido (**Efesios 2:20**). Hoy no hay que poner nuevos fundamentos, sino buscar los verdaderos fundamentos y respetarlos, porque algunos se han ignorado y otros se hicieron por medio de desviaciones doctrinales, pero nunca estuvieron en el plano original.

La reforma que estoy considerando, no es la de poner nuevos vestidos a la Iglesia. No estoy sugiriendo vestirla a la moda para agradar a la sociedad. Estoy sugiriendo, como reforma, quitar todos los ropajes que alguna vez le pusieron, presentarla desnuda ante el Padre y permitir que Él, y solo Él, la revista de gloriosa pureza espiritual.

Debemos reconocer, que en estos más de dos mil años, la iglesia ha pasado por tremendos procesos, internos y externos. Eso ha generado que hoy, tengamos un montón de diferencias entre ministros e instituciones. Diferencias teológicas, doctrinales y litúrgicas. Pero si somos sinceros, debemos reconocer que Dios es uno, y que Su voluntad también, no deberíamos sostener con tanta vehemencia ideas que podrían estar equivocadas.

Creo que debemos volvernos al plano original, escudriñando las Escrituras con toda humildad. El peor enemigo de un cambio, que Dios mismo quiere producir, es la soberbia humana. Hoy muchos creen estar defendiendo a Dios y Su Palabra, pero actúan con soberbia y descalifican, atacan, critican y condenan, en lugar de abrir una mesa de diálogo, para debatir en plena comunión espiritual, cuál es la voluntad de Dios, agradable y perfecta para estos tiempos **(Romanos 12:2)**.

Quitemos todos los ropajes que confunden o tapan la verdadera hermosura de la Iglesia. Es nuestra responsabilidad quitar de sobre ella, todo lo que los hombres hemos puesto sin autorización divina. Desnudémosla de todo viejo ropaje y de todo diseño de moda, dejemos que el señor, y solo el Señor, la cubra de Su gloria, porque entonces sí, el mundo conocerá a la Iglesia preciosa, a la Reina de verdad.

***“No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria, por tu misericordia, por tu fidelidad”.***

Salmos 115:1



# RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

## Pastor y maestro

*Oswaldo Rebolleda*



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

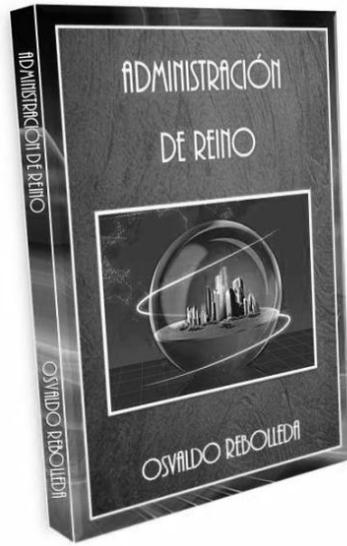
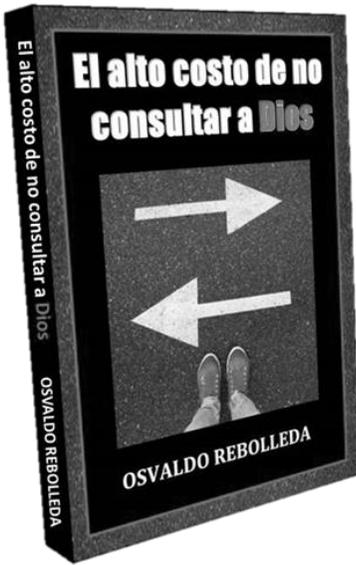
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)

Y ministra de manera itinerante en Argentina

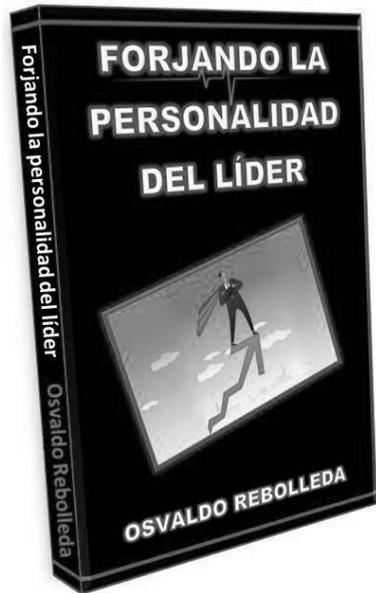
Y hasta lo último de la tierra.

[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)

[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



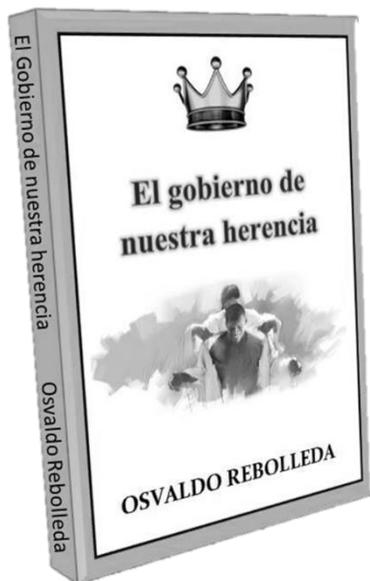
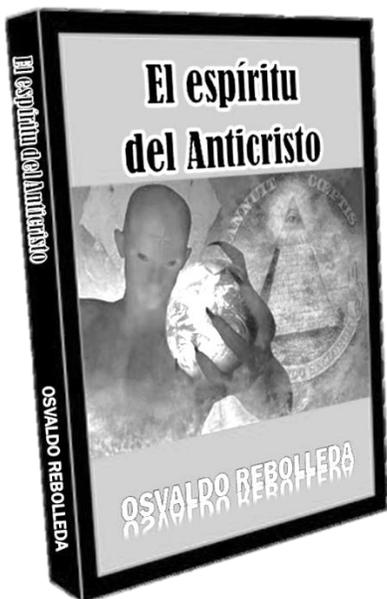
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



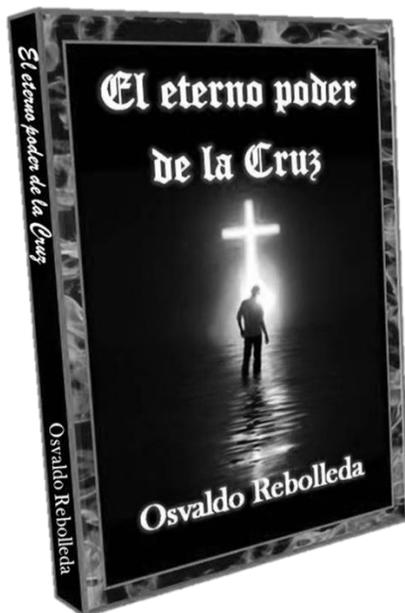
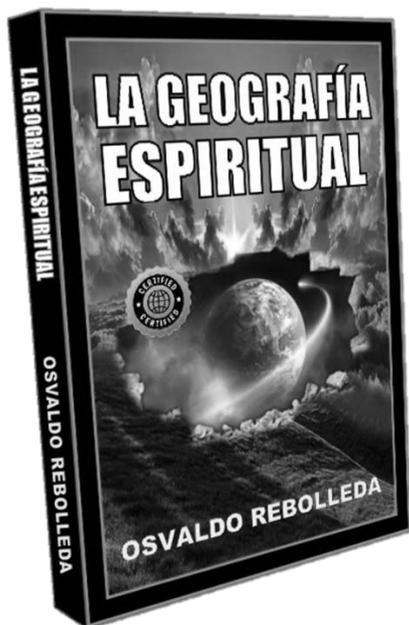


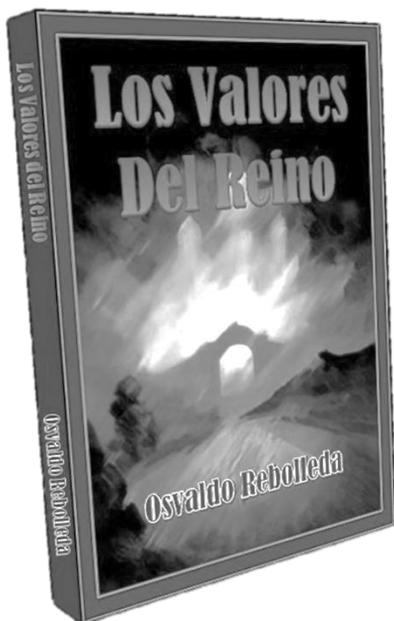
[www.osvaldorebolledo.com](http://www.osvaldorebolledo.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





[www.osvaldorebolledo.com](http://www.osvaldorebolledo.com)

